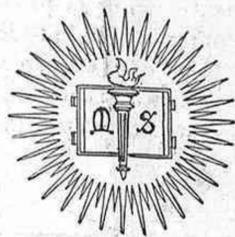


# Ilustración



# Artística

AÑO XXV

BARCELONA 26 DE MARZO DE 1906

NÚM. 1.265



LA CATÁSTROFE DE COURRIERES.—Las familias de los mineros reconociendo los cadáveres extraídos del fondo de los pozos  
(Dibujo de F. Matania, inspirado en fotografías)

## ADVERTENCIA

Con el próximo número repartiremos á los señores subscriptores á la BIBLIOTECA UNIVERSAL el primer tomo de la serie de 1906, que será la obra de Gustavo Droz TRISTEZAS Y SONRISAS, traducida de la 80.<sup>a</sup> edición francesa.

TRISTEZAS Y SONRISAS tiene algo de novela y de autobiografía, contiene hermosos pensamientos y hay en ella sus puntas de sátira política; la acción del libro es interesante, y en él se revela una observación honda y un conocimiento perfecto del corazón humano y de la trascendencia y significación de los hechos, pudiendo muchos de sus capítulos servir de guía seguro para avanzar sin tropiezos, ó venciendo fácilmente los obstáculos, por la senda de la vida. Es, en suma, una de las obras en que más resplandecen la delicadeza de sentimientos, la profundidad de las ideas, la amenidad de los asuntos y la elegancia de estilo que caracterizaron á Gustavo Droz, uno de los escritores franceses más eminentes del pasado siglo.

De la traducción que publicamos y de los grabados que la ilustran no hemos de hacer otro elogio que citar los nombres de sus respectivos autores, el reputado literato D. Arturo Masriera y el notable pintor Carlos Vázquez

## SUMARIO

Texto.—*La vida contemporánea*, por Emilia Pardo Bazán. — *El tren n.º 33*, por Adrián del Valle. — *La catástrofe de Courrières*. — *El Dr. D. Manuel Quintana*. — *M. Faillieres en la exposición del Concurso agrícola de París*. — *La catástrofe de Courrières*. Cuestación pública en Barcelona. *La brigada de salvamento de Westfalia*. — *Espectáculos*. — *Concurso de problemas de ajedrez en tres jugadas*. — *El falsario*, novela ilustrada (continuación). — *El tren especial en que viajan por la India los príncipes de Gales*, por H. Kelway Bamber. — *Una centenaria*. — *Barcelona. Exposición del Fomento de las Artes Decorativas*, por A. García Llansó.

Grabados.—*La catástrofe de Courrières. Las familias de los mineros reconociendo los cadáveres*, dibujo de F. Matania. — Dibujo de Triadó que ilustra el artículo *El tren n.º 33*. — Once reproducciones fotográficas de diferentes vistas y escenas de la catástrofe de Courrières. — *Dr. D. Manuel Quintana*. — *París. Visita del presidente de la República M. Faillieres á la exposición del Concurso agrícola*. — *Barcelona. Cuestación pública en favor de las víctimas de Courrières*. — *Llegada á la estación de Billy-Montigny de la brigada de salvamento alemana*. — *Madrid. Recepción del nuevo embajador inglés Mr. Bunzen*. — *San Petersburgo. Llegada del general Linievitch, de regreso de la Manchuria*. — *Cuarto de baño, comedor y dormitorio del tren especial en que viajan por la India los príncipes de Gales*. — *Marta Josefa Nieto, de 125 años de edad*. — *Barcelona. Exposición organizada por el Fomento de las Artes Decorativas*.

## LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Estas visitas de reyes tienen mucho de escenografía. Nada les pueden enseñar respecto al país por donde cruzan, y nada nos enseñan á nosotros respecto al modo de ser de los egregios huéspedes que casi en medio de un torbellino, ó atravesando los aires como las Walkyrias de la leyenda germánica y escandinava, se nos aparecen un segundo para que la nube los envuelva inmediatamente.

El rey de Portugal es un artista: sus cuadros, que he visto en la última Exposición Universal celebrada en París y que ocupaban un lugar muy honroso, me han dicho más acerca de él que su paso por las calles de Madrid, embutido en el uniforme, que le asfixia. Los reyes no debieran engordar nunca; he aquí una reflexión que me sale al paso: los reyes necesitan—como todas las personas que tienen el deber de presentarse en público—ejercitar una gimnasia y seguir un régimen de *entraînement* (ya hay quien dice *entrenamiento*). La obesidad, que es una enfermedad verdadera, de las más graves, para los simples mortales, es para los monarcas algo más—un elemento que se resta á su prestigio y al efecto que su presencia debe causar en las multitudes.

Y todavía exigen más estas tiranas: exigen que las reinas se presenten adornadas con los dones y atractivos de la belleza. Yo confieso que sin género de duda me agradan el cuerpo y la cara de la reina Amelia de Portugal; pero aunque esta bella soberana fuese pequeña, negruzca y sinchiste, me atraería por su fama de caritativa y buena; y puesto á

elegir entre las excelencias plásticas ó las morales, un pueblo debiera siempre inclinarse á las segundas. Hay mucho de atávico en ese entusiasta homenaje á la superioridad corporal, que recuerda el caso de Maximiliano Hercúleo, el cual debió el Imperio á su aventajada estatura. Por la puerta de los sentidos (dicho sea con exclusión de todo móvil impuro, pues en esto existe un caso de verdadero desinterés estético) entra triunfante el sentimiento monárquico, la simpatía clamorosa del pueblo reunido.

\* \*

Acaso, mirándolo por otro aspecto, lleve razón en su instinto la muchedumbre. ¿No asegura la ciencia que el objeto de la educación, de todos los esfuerzos, métodos y adelantos no es sino el mejoramiento físico, camino del mejoramiento intelectual? ¿No se persigue tal fin por la medicina, la higiene, la alimentación, el ejercicio, el deporte, el estudio constante de la antropocultura? Pues los que aclaman á la reina de Portugal por su espléndido cuerpo, están del todo dentro de la corriente de actualidad, y saludan en ese brillante ejemplar de raza al tipo humano que todos deseáramos realizar, al que la ciencia aspira á hacer más general de lo que es por ahora, y al que en las sociedades nuevas, intensamente civilizadas, va abundando más que en los pueblos viejos, decadentes y consumidos.

\* \*

La reina de Portugal está en su otoño, un otoño dorado y sazonado, sin señales de decadencia por ahora. En su negro pelo no hay canas, y su tez, que no ofenden afeites ni pinturas, conserva su elasticidad y lozanía. La expresión de bondad y afabilidad de su cara es la misma, ó por mejor decir, se ha aumentado con esa dulce plenitud de calma y de majestad de las matronas. He visto tres veces, con esta, á la reina de Portugal. La primera, entraba en Madrid, vestida de rojo y gualda, audacia de *toilette* que sólo puede permitirse una hermosura morena casi perfecta, como era entonces Amelia de Orleans; la segunda, era en su palacio de Lisboa, en una recepción á los individuos del Congreso de la Prensa—del cual yo no formaba parte, pero al cual debí varias invitaciones,—y por otro atrevimiento mayor si cabe que el de Madrid, la reina vestía de rosa fuerte, estaba escotada y con los brazos al aire, y colocada cerca de un amplio ventanal de vidrieras, recibía en pleno la luz de mediodía sobre sus carnes morenas como el trigo. Sólo una mujer tan bien modelada y de tan noble estructura resiste una prueba semejante.

Y ahora, la hemos visto todos llegar de un viaje fatigoso, y no revelar el cansancio ni la ofensa de las molestias sufridas en el camino. Es el privilegio de las organizaciones fuertes, ricas de sangre y de músculos, que tienen reservas que gastar antes de rendirse.

\* \*

Un suceso de orden bien diferente que el del viaje regio, es el fallecimiento del eminente costumbrista D. José María de Pereda.

Desde hace bastantes años había muerto para las letras, porque no escribía. No bajó al sepulcro como Valera, que hasta rendirse á la última enfermedad no dejó la pluma de la mano. Pereda, por el contrario, tuvo esa etapa de retraimiento y triste descanso que precede á la muerte y en cierto modo la anticipa. Sin que el puesto de Pereda en la historia literaria del último tercio del siglo XIX fuese menos alto y señalado, cabe decir que el público del XX empezaba á considerarle como un clásico, y por consiguiente á olvidarle—¡aquí donde los clásicos padecen tan profundo, tan letal olvido!

Yo estimé muy verdaderamente el mérito de Pereda, y lo demostré en varios artículos y trabajos de crítica, que fueron bastante leídos é influyeron algo en la formación del concepto de la personalidad literaria del maestro santanderino. Especialmente mi estudio sobre la novela *Pedro Sánchez*, contribuyó (en el límite que toda persona de juicio puede

apreciar) al éxito de aquella obra muy ensalzada. En cuanto escribí de Pereda le demostré siempre profunda consideración y admiración: diérame Dios á mí, para los días de fiesta, críticos así, comprensivos, llenos de simpatía, de estimación intensísima por el esfuerzo de un autor. Es imposible hablar de nadie con mayor cortesía ni con mayor justicia, y los que hayan leído mis *Polémicas* y *Estudios literarios*, así lo reconocerán. Con verdad digo que al releer yo misma todos mis juicios de aquella época sobre escritores contemporáneos míos, si algo encuentro es un extremo de consideración y de elogio que revelan ese culto apasionado de los maestros propio de la juventud, hermoso privilegio de los años entusiastas, y que la edad madura, más analítica y más predispuesta á la comparación, rebaja un poco, inevitablemente. Pues bien: este modo mío de sentir y de expresarme no fué suficiente para que el ilustre santanderino, ante algunas ligeras observaciones, no se enojase conmigo y me demostrase su enojo en un artículo muy destemplado y descortés, al cual he de responder cumplidamente, sin prescindir ni de mi urbanidad ni de mi opinión siempre favorable á sus escritos. Quedó desde entonces cortada nuestra amistad, suspendida nuestra correspondencia, bastante activa (y esto lo sentí de veras, pues los autógrafos de Pereda merecen archivar), y limitada mi relación con el maestro montañés á la lectura de lo que publicaba, no de lo mejor, ni mucho ya, por desgracia, desde aquella época. Y quedó también confirmada una vez más la verdad de que no hay medio de conservar buenas relaciones con los escritores si se habla en público de sus escritos, así empleemos las más delicadas formas de la alabanza, y expresemos, con la mayor efusión, el interés y el agrado que nos merecen.

\* \*

Es esta una de las mayores adversidades de la profesión, una de sus muecas más irónicas. En los comienzos de la vida literaria existe cierta fraternidad, las manos se tienden, las relaciones son francas, cordiales. Pero á medida que pasa el tiempo, lo que brota en el campo arado por el esfuerzo y regado por el sudor, es la cizaña de la discordia y los abrojos del odio, quizás del despecho y de la envidia. Dijérase que la personalidad, al desarrollarse y afirmarse, al caracterizarse de un modo imperecedero, provoca negaciones, antagonismos y desgarramientos de esa tela del espíritu que tejen las amistades intelectuales. A tanta costa se gana y adquiere el derecho á no ser completamente borrado del libro de la vida después de morir. Este es uno de los zarpazos con que nos halaga la *Quimera*.

\* \*

Con Pereda desaparece el más caracterizado representante del regionalismo literario, dirección que, ó mucho me equivoco, ó en la lírica, en el teatro y en la novela está agotándose y decayendo rápidamente. Pereda, por sus condiciones de artista y de hablante, por su lúcida visión de pintor, por su realismo enérgico y fresco en lo popular y en lo natural, persistirá, lo repito, como un clásico, situado en su verdadero lugar y reconocidas y discernidas las condiciones de que careció y las que poseyó como nadie. Serena y desapasionada vendrá para él, como para todos, la crítica del porvenir, y le colocará al frente de esa legión en que figuran Trueba y Fernán Caballero, Arturo Campión y Oller, con los demás escritores que, enamorados de un pedazo de tierra, dominados por él, han expresado su espíritu y estereotipado sus tipos y costumbres.

El lugar de Pereda siempre será señalado, elevado, y el cariño que en su tierra le profesen y le demuestren, honrará á esa tierra más aún que al autor de *Sotileza*, porque cada país debe amar, encumbrar, laurear á los suyos, reconocerse en ellos, y cuando esta ley de afecto se quebranta, revela una depravación del sentimiento, algo que Dante expresó en frases muy amargas, y que es un estigma para los pueblos y las regiones.

EMILIA PARDO BAZÁN.



En el fondo de un terraplén yacían dos cuerpos ensangrentados

## EL TREN N.º 33

Hacia rato que vagaban por las cercanías de la estación en espera de un tren de carga. Su objeto era montar, sin ser vistos, en uno de los vagones, y viajar así tan lejos como fuera posible. El lugar les era indiferente.

Mientras uno de ellos se tendía á descansar en un campo próximo á la vía, el otro, bastante más joven y mejor vestido, aunque no le faltaban rotos mal disimulados y salpicaduras de barro endurecido, dirigióse con paso mesurado hacia la pequeña estación. En la puerta hallábase un empleado fumando un cigarrillo. Saludóle cortésmente y le preguntó:

—¿A qué hora sale el próximo tren?

—Ya no hay más trenes de viajeros, contestó, hasta mañana á las seis.

—¿Y cómo entonces está usted de guardia?

—Espero un tren de carga, el n.º 33, que pasará dentro de diez minutos.

—¡Ah, vamos!.. ¿Conque hasta mañana á las seis? Lo siento.

Y salió andando á paso vivo hacia el lugar donde se hallaba su compañero. Lo encontró durmiendo.

—Fini, llámole quedamente tocándole con el pie.

En aquel momento sonó el pitazo lejano de una locomotora. Viendo que no despertaba, le sacudió bruscamente.

—Aprisa, Fini; nuestro tren está al llegar.

Levantóse de un salto.

—¿Es tren de carga?, preguntó.

—Sí, acaba de decírmelo el mozo de la estación.

—No hay tiempo que perder.

Cruzaron la vía y se dirigieron hacia unos grandes montones de maderas y hierros viejos que estaban al lado opuesto de la estación y un poco más arriba. Tras ellos se ocultaron.

—Oye, Cubanito, díjole el italiano Fini, que era hombre avezado á aquel económico y arriesgado modo de viajar, mucho ánimo y haz lo que me veas hacer. En el vagón que yo salte, salta tú también sin miedo, procurando asegurar las manos desde el primer momento y luego los pies. No hay cuidado de que nos vean; la hora nos favorece.

Obscurecía. Era la hora solemne en que el crepúsculo se disuelve en sombras, que se agrandan por momentos hasta llenar todo el horizonte, dejando apenas una tenue franja blanquecina en el lejano Occidente.

Un nuevo y largo pitazo sonó, y en el recodo que hacía la vía antes de llegar á la estación apareció la mole gigantesca de la locomotora, avanzando majestuosa é imponente hasta detenerse á poca distancia de los dos vagabundos.

Oyéronse voces confusas, trajines de bultos y arrastre de carretillas; luego sonó un toque breve de campana, pitó el monstruo de hierro, y resoplando arrancó trabajosamente arrastrando el largo convoy.

Fueron desfilando los vagones, adquiriendo á cada momento mayor rapidez.

—¡Ahora!, gritó Fini saltando como un gato sobre una plancha cargada de bloques de piedra.

Luego ayudó al Cubanito, que, aun cuando estaba fuertemente agarrado al vagón, no acertaba á afirmar en él los pies.

El tren, mientras tanto, había alcanzado regular velocidad. Fini indicó á su compañero que le siguiera, y saltando de plancha en plancha, no sin peligro, llegaron hasta los últimos furgones. Subieron por la escalerilla perpendicular del primero y se tendieron boca abajo sobre el techo.

—Conviene mantenernos en esta posición, dijo Fini, porque es la menos peligrosa y porque así evitamos que nos descubran.

El tren corría con una velocidad vertiginosa. Había cerrado la noche y nada podían distinguir del paisaje. Sombras fugaces de postes y árboles pasaban como una exhalación; á veces veían las lucecillas lejanas de solitarias casas de campo; y de tarde en tarde el pitazo ronco y prolongado de la locomotora les anunciaba la proximidad de una pequeña estación, en la que no se detenían, el paso sobre un puente ó el cruce de alguna carretera. De la chimenea escapábanse á menudo rojas chispas, mezcladas con densa columna de humo negro que se desparmaba y envolvía á los dos camaradas; el viento batía constantemente con furia, aumentando su sufrimiento las partículas de carbón que despiadadamente les azotaban el rostro.

Un silbido resonó á lo lejos, al que contestó inmediatamente otro. Un tren de viajeros venía por la vía cercana, pasando veloz con el estruendoso rodar de sus centenares de férreas ruedas.

Otro pitazo hendió los aires al poco rato. Fini gritó algo á su compañero.

—¿Qué dices?, interrogó éste.

—Ten cuidado, repitió á voces; vamos á pasar un túnel. Agacha bien la cabeza.

Repentinamente se hizo más densa la obscuridad, se agrandó de modo extraordinario el ensordecedor ruido del tren; la atmósfera se hizo más densa, dificultando algo la respiración. Como diez minutos, que les parecieron interminables, tardaron en pasar el túnel; al salir de él, respiraron con delicia y miraron alegres el firmamento estrellado.

Un nuevo incidente les sobresaltó. El viento traía hasta ellos, sin que pudieran adivinar de dónde procedían, penetrantes gritos humanos.

—¿Has oído?, dijo el Cubanito.

—Sí; y juraría que los gritos los ha dado alguien delante de nosotros.

Siguieron algunos minutos de silencio, durante los cuales el tren fué adquiriendo mucha mayor velocidad. Luego vieron una sombra que avanzaba, saltando de una plancha á otra. Al mismo tiempo apareció en el techo del vagón en que ellos estaban una figura humana, en la que reconocieron el conductor del tren. Al verlos éste, exclamó sin sorpresa:

—¿Qué hacen ustedes aquí?

—Pues ya usted lo ve, contestó Fini con flemma, viajar lo más económicamente posible.

Sin dignarse replicar, miró hacia la plancha que precedía al vagón, y dijo dirigiéndose al hombre que allí estaba:

—¿Qué pasa, Juan?

—Una cosa horrible. El fogonero, en un raptó de repentina locura, acaba de matar al maquinista, arrojando su cuerpo á la vía, y ha lanzado el tren á toda velocidad.

El jefe prorrumpió en una enérgica exclamación y agregó:

—Es necesario á toda costa evitar una gran catástrofe. Estos tres últimos vagones están llenos de dinamita para las minas.

Los dos vagabundos se miraron consternados.

—¿Oyes, Fini?, dijo el Cubanito. El viaje nos va á resultar más caro de lo que nos figurábamos.

—¿Qué hacemos?, preguntó desde abajo el retranquero.

—Inutilizar á ese loco, contestó el conductor, para poder detener el tren en la próxima estación.

—Yo solo no me atrevo...

Fini entonces se dirigió al conductor.

—Si usted lo permite, yo me encargo del loco.

—Pues á la obra, que el tiempo apremia.

Bajaron la escalerilla y fueron todos saltando una plancha tras otra. El tren marchaba á una velocidad extraordinaria, dificultando el avance; pero al fin llegaron hasta la locomotora. Fini entró resueltamente y vió al fogonero que, de espaldas y muy inclinado, echaba con furia grandes paletadas de carbón en la caldera. Considerando la ocasión oportuna, se abalanzó sobre él, intentando sujetarlo con sus brazos. El loco se enderezó con presteza y siguió una lucha tremenda y breve entre los dos hombres, que fuertemente abrazados fueron rebotando por el pequeño recinto hasta llegar al borde de la entrada izquierda; allí vacilaron un momento y cayeron á la vía, al tiempo que por el lado opuesto asomaban el retranquero y el Cubanito, lanzando un grito de horror al verlos desaparecer.

El tren de carga n.º 33 se detuvo en la pequeña estación de Greentown, con extrañeza del jefe de ella, que esperaba pasaría de largo. Al ver al conductor que descendía de la máquina con semblante demudado, le preguntó:

—¿Qué pasa? ¿Algún accidente?

—Y grave. Venimos sin maquinista y sin fogonero. Y le contó brevemente lo que había pasado.

Mientras tanto el Cubanito había abandonado la estación y seguía vía arriba, ansioso de hallar, vivo ó muerto, á su desgraciado compañero. A la luz de la naciente aurora, miraba ansioso para ver si distinguía un bulto tendido cerca de la vía. No tardó en hallarlo á los pocos kilómetros. En el fondo de un terraplén yacían dos cuerpos ensangrentados. El fogonero estaba boca abajo, como en actitud de arrastrarse; Fini, con la cabeza destrozada y la boca muy abierta, miraba persistentemente hacia arriba con sus ojos sin luz.

—¡Pobre Fini!, exclamó emocionado el Cubanito. Caro te costó el viaje: lo pagaste con la vida.

ADRIÁN DEL VALLE.

(Dibujo de Triadó.)



LA CATÁSTROFE DE COURRIERES. — Entrada del pozo número 3, en el que se inició el incendio que produjo la explosión

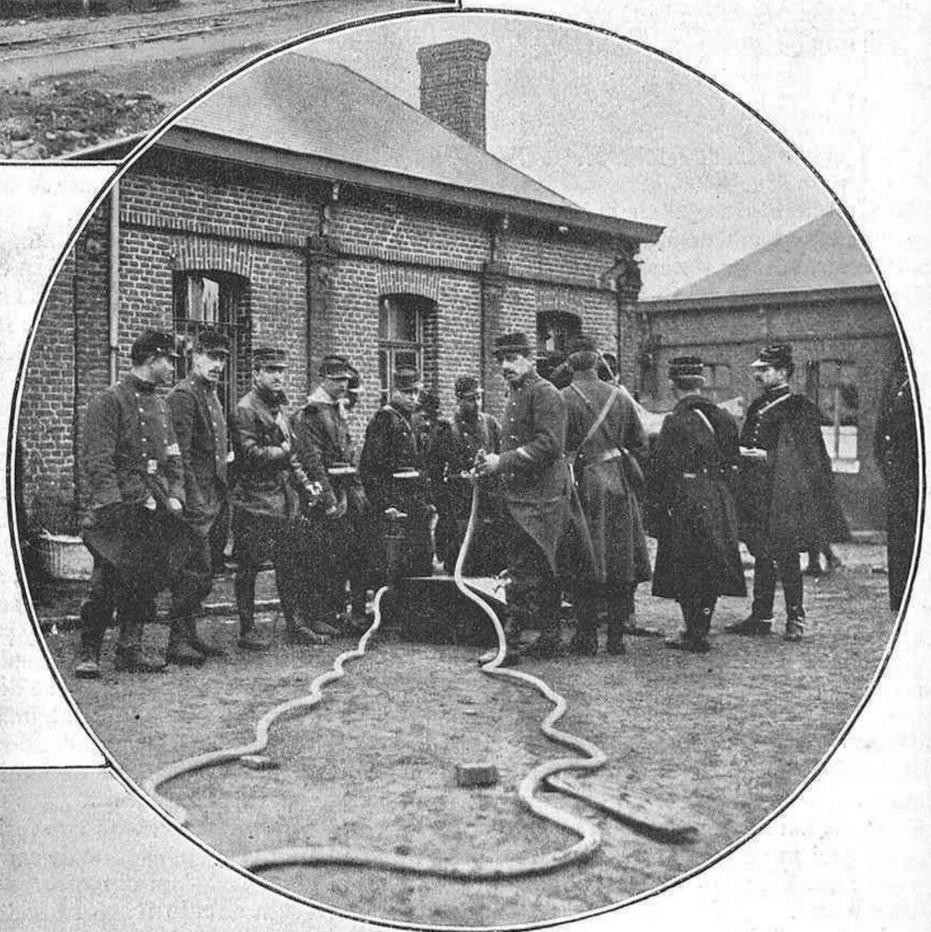
#### LA CATÁSTROFE DE COURRIERES

La catástrofe ocurrida en las primeras horas de la mañana del día 10 de los corrientes en las minas de Courrieres, situadas en la cuenca minera de Lens, es una de las más espantosas que los anales de nuestros tiempos registran. Con sólo decir la cifra de los muertos por ella ocasionados, demuéstrase que no es exagerada esta afirmación; cerca de 1.100 personas han perecido en el fondo de aquellos pozos, quemadas unas, asfixiadas otras, otras aplastadas por los derrumbamientos.

Ignóranse todavía las causas del horrible siniestro, así como las circunstancias en que se produjo. Los técnicos, hasta ahora, no pueden emitir más que conjeturas, y los pocos obreros que lograron en los primeros momentos salir con vida del horrible antro, en donde tantos centenares de compañeros suyos hallaban la más horrible de las muertes, no sólo no arrojan luz alguna sobre el misterio en que el suceso está envuelto, sino que ni siquiera aciertan á explicarse cómo se salvaron ni por qué

no que permita fundar con visos de certeza una hipótesis sobre las causas de la catástrofe.

Sábese únicamente que durante la semana anterior se había declarado en una de las galerías del pozo número 3 un incendio, para extinguir el cual habíase construído un muro que aislándolo del aire exterior lo comunicara. ¿Fueron deficientes las obras que con ese objeto se practicaron? ¿Hubo una acumulación de gases de hulla que por alguna hendedura se



Los soldados de ingenieros preparando aparatos respiratorios para bajar á los pozos.



TRANSPORTE DE CADÁVERES. (De fotografías de M. Branger.)

caminos consiguieron reaparecer en la superficie de la tierra. Los sobrevivientes no hablan más que de muchos cadáveres, de muchas ruinas que atrás se dejaron en su loca huida por aquellas tenebrosas profundidades, pero no aportan dato algu-

propagaron á las otras galerías, determinando al fin la explosión? ¿Trátase de una explosión de grisú? Ya hemos dicho que nada se sabe hasta la hora presente.

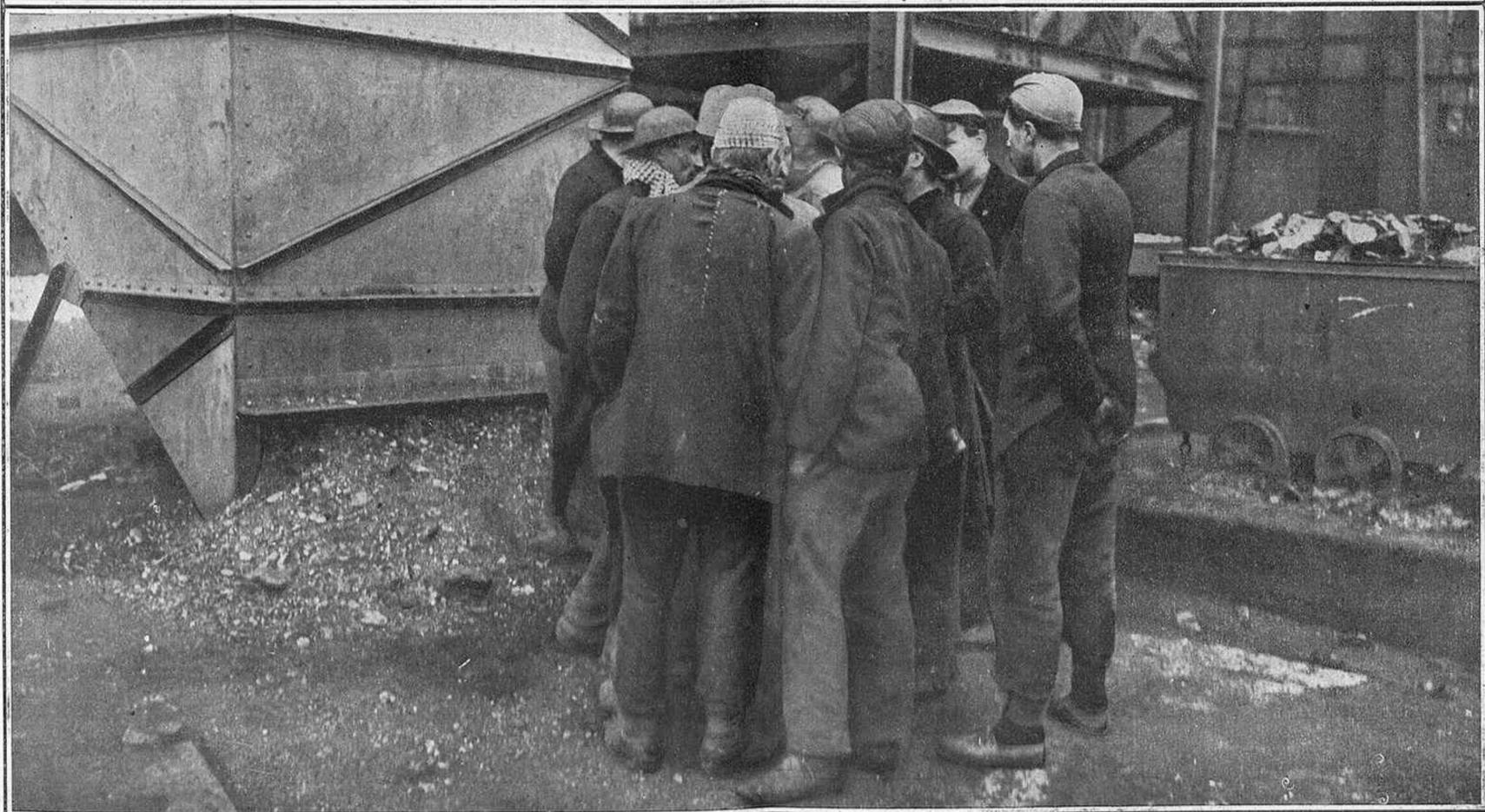
Pero si se ignoran las causas, los efectos pudieron conocerse

rieries ha correspondido una explosión inmensa de caridad y de simpatías universales, confirmándose una vez más el espíritu de solidaridad de todos los pueblos cuando se trata de aliviar una gran desgracia de un país hermano. — S.

desde los primeros instantes. Un sentimiento de estupor se apoderó de aquella región y no tardó en extenderse por toda Francia. La población en masa de la cuenca minera acudió á las inmediaciones de los pozos números 2, 3 y 4, que eran los que más daño habían sufrido, para adquirir noticias, ayudar al salvamento, prestar auxilio á los vivos y conducir á los muertos que poco á poco iban extrayendo los que habían descendido al fondo de aquellos abismos. Hubo escenas desgarradoras de las familias de los pobres mineros sepultados en los pozos; hubo también muchos actos verdaderamente heroicos, mas no tardó en verse que todo heroísmo era inútil.

Primeramente intentó salvar á los que tal vez vivían aún; pronto, empero, hubo de renunciarse á este intento, pues era imposible descender, sin peligro cierto de aumentar el número de las víctimas, hasta los lugares en donde aquéllos pudieran hallarse. Después, todos los trabajos se encaminaron á la extracción de cadáveres; mas también fué preciso desistir de ello en vista de que la presencia de gases deletéreos y las emanaciones pestilentes de los cuerpos humanos en descomposición hacían inútil todo esfuerzo y ponían en grave riesgo la vida de los que realizaban esa labor, algunos de los cuales sintieron los primeros síntomas de intoxicaciones.

A esos trabajos ha contribuído muy mu-



#### La catástrofe de Courrières

La multitud estacionada delante del pozo número 4. - Brigada de mineros disponiéndose á socorrer á sus camaradas sepultados en el fondo de las minas. - Grupo de mineros discutiendo con animación después de haber bajado á los pozos para intentar el salvamento de sus compañeros. (De fotografías de M. Rol y C.<sup>as</sup>)

## EL DR. D. MANUEL QUINTANA

El día 12 de los corrientes falleció en Buenos Aires el Dr. Quintana, que desde octubre de 1904 desempeñaba la presidencia de la República Argentina. Contaba setenta años de edad, era hombre de gran ilustración, abogado notabilísimo, orador elocuente y escritor correcto y elegante. Había sido diputado varias veces, ministro en dos ocasiones y plenipotenciario en los Estados Unidos.

A raíz de su proclamación decíamos en el número 1195 de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA: «Llega á la magistratura suprema sin grandes compromisos y sin pomposos programas; pero está dotado de firme voluntad y de energía y aporta al ejercicio de su elevado cargo un profundo estudio y un criterio firme en los asuntos políticos, financieros y sociales.» En el ejercicio de su elevado cargo confirmó estas excepcionales cualidades demostrando ser un ilustre estadista y un prudente hombre de gobierno.

Al propagarse por Buenos Aires la noticia de su muerte, la mayoría de las casas pusieron banderas á media asta y los Bancos y las grandes casas de comercio cerraron sus puertas en señal de duelo. Todos los periódicos, incluso *La Nación* y *La Prensa*, adversarios políticos del doctor Quintana, le dedicaron encomiásticos artículos. Una multitud inmensa acudió á la residencia presidencial á expresar sus sentimientos de pésame á la familia, la cual recibió millares de telegramas de todas partes. El gobierno decretó diez días de luto nacional para el ejército y las oficinas públicas.

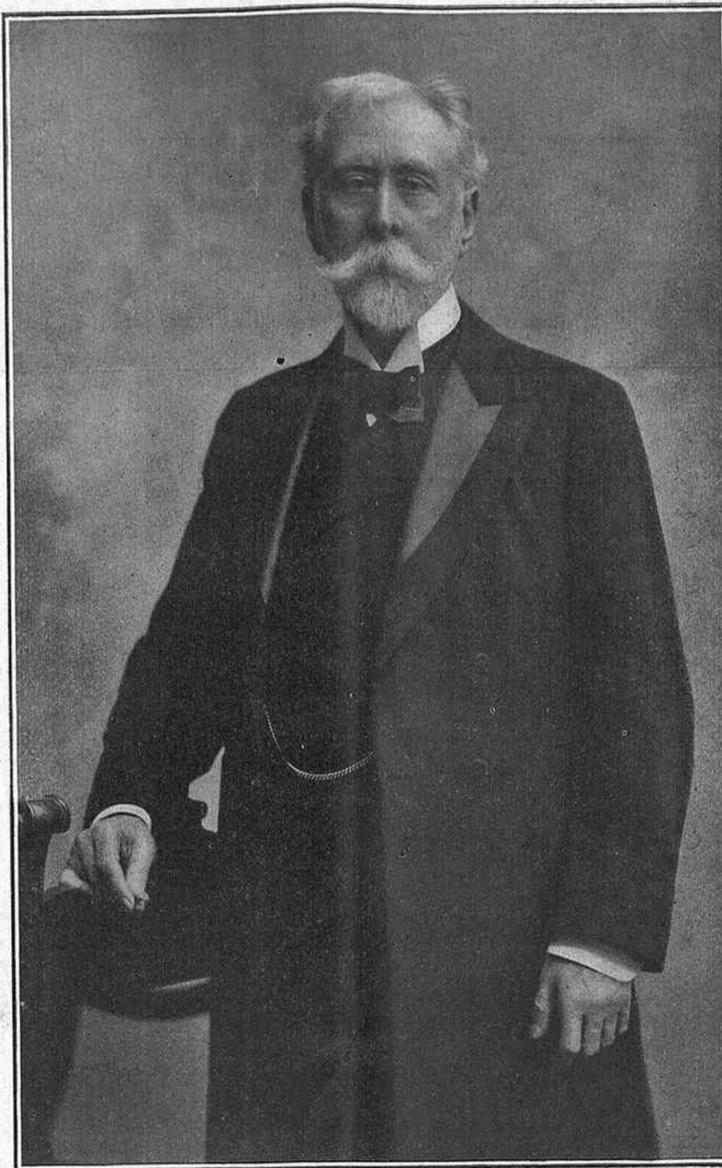
El cadáver del Dr. Quintana, después de embalsamado, fué conducido á la «Casa Rosada», quedando expuesto en el salón de las recepciones presidenciales, por donde desfiló un público inmenso.

El día 14 se efectuó el entierro. La fúnebre comitiva púsose en marcha á las nueve de la mañana, dirigiéndose á la catedral, en donde se celebró la ceremonia religiosa. Desde allí se encaminó al cementerio de la Recoleta, en donde los restos mortales del Dr. Quintana recibieron

cristiana sepultura. El entierro resultó una verdadera manifestación nacional.

LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA se asocia de todo corazón al duelo que embarga el pueblo argentino.—S.

los nuestros, porque ellas no abren las puertas del suyo más que á las obras maestras. En el Gran Palais se han visto entrar cuadros malos; en la Galería de Máquinas no se ha visto entrar un mal buey.»—X.



DR. D. MANUEL QUINTANA, presidente de la República Argentina, fallecido en Buenos Aires el día 12 de los corrientes. (De fotografía de Witcomb.)

## M. FAILLIERES

EN LA EXPOSICIÓN DEL CONCURSO AGRÍCOLA DE PARÍS

La primera visita oficial del nuevo presidente de la República Francesa M. Faillieres ha sido para la exposición del Concurso agrícola que actualmente se celebra en París, en donde recorrió las secciones de animales, la de máquinas agrícolas y las galerías de la exposición vitícola.

A propósito de ese concurso, un ilustre cronista parisiense ha escrito unas líneas ingeniosas que vamos á copiar, porque además de ser ingeniosas no dejan de tener un fondo de importancia.

«Concurso agrícola..., pequeña solemnidad insignificante que la gente del gran mundo desdén. La gente del gran mundo no se apasiona por el ganado.

»En verdad hace mal, pues la Galería de Máquinas es mucho más pintoresca en estos momentos que en los días en que almuerzan en ella cincuenta mil mutualistas. Además, mientras sólo comen en ella animales, huele bien; un olor de establo la llena; también de paja fresca, de leche y sus derivados. En torno de los compartimientos en que las bestias dormitan, una muchedumbre nada elegante se pasea lentamente, detenida á cada paso por un espectáculo que la divierte, seducida por las cualidades plásticas de un premiado, por la riqueza de las lanas, por la enormidad de las grupas y de los vientres y por los brillantes colores de los plumajes. Y la gente discurre por aquellos lugares entre blusas azules, gorros de formas cómicas y lindas tocas que evocan modas provinciales antiquísimas; es la «campiña» instalada en París, por unos días, demasiado pocos, á tres kilómetros del bulevar y que nada quiere saber del bulevar. ¡Gente feliz! Ese Concurso agrícola es su Salón, un Salón del cual tienen motivo para sentirse orgullosas esas gentes, si lo comparan con alguno de



PARÍS.—Visita del presidente de la República M. Faillieres á la exposición del Concurso agrícola. (De fotografía de M. Branger.)



LA CATÁSTROFE

DE COURRIERES

CUESTACIÓN PÚBLICA EN BARCELONA. — LA BRIGADA DE SALVAMENTO DE WESTFALIA.

Durante los días 18, 19 y 20 efectuóse en esta ciudad una cuestación pública, organizada por la Sociedad Barcelonesa de Beneficencia con la cooperación de otras importantes sociedades. Formaban la comitiva varias parejas de la guardia municipal montada, algunos coches descubiertos con representaciones de las sociedades obreras adheridas al acto y que llevaban sus estandartes enlutados, varios carros de primera salida del cuerpo de bomberos cubiertos con paños negros, landós con individuos de la comisión organizadora y un carruaje del servicio de bomberos adornado con plantas y flores, banderas españolas y francesas y un gran estandarte de paño negro. La comitiva, en la que figuraban también los coros de Clavé y la banda municipal, recorrió las principales calles del interior y del ensanche; los individuos del cuerpo de bomberos se encargaron de la cuestación encaramándose a los balcones por medio de las perchas y escaleras que utilizan en los casos de incendio.

Aunque en otro lugar de este número hacemos mención de la brigada de salvamento que la compañía minera westfaliana *Hibernia* envió desde los primeros momentos de la catástrofe á Courrieres, creemos interesante ampliar algo lo que allí decimos. Los individuos de esa brigada son hombres robustos, están vestidos y equipados militarmente y llevan consigo los aparatos, que son de invención alemana, los cascos y los sacos de oxígeno.

El principio del aparato es sencillísimo; consiste en permitir que cada hombre pueda llevar consigo el oxígeno necesario para su respiración, encerrado á gran presión en botellas de peque-

ño volumen que no le estorban. Un «aflojador de presión» pone el oxígeno á la presión atmosférica; las vías respiratorias están protegidas por una más-

Y en efecto, en seguida pusieron manos á la obra, descendiendo al fondo de la mina y recogiendo gran número de cadáveres que fueron sacados al exterior.

Cuantos han presenciado los trabajos de esos individuos ensalzan incondicionalmente el valor y la resistencia con que realizan su difícil y humanitaria labor.

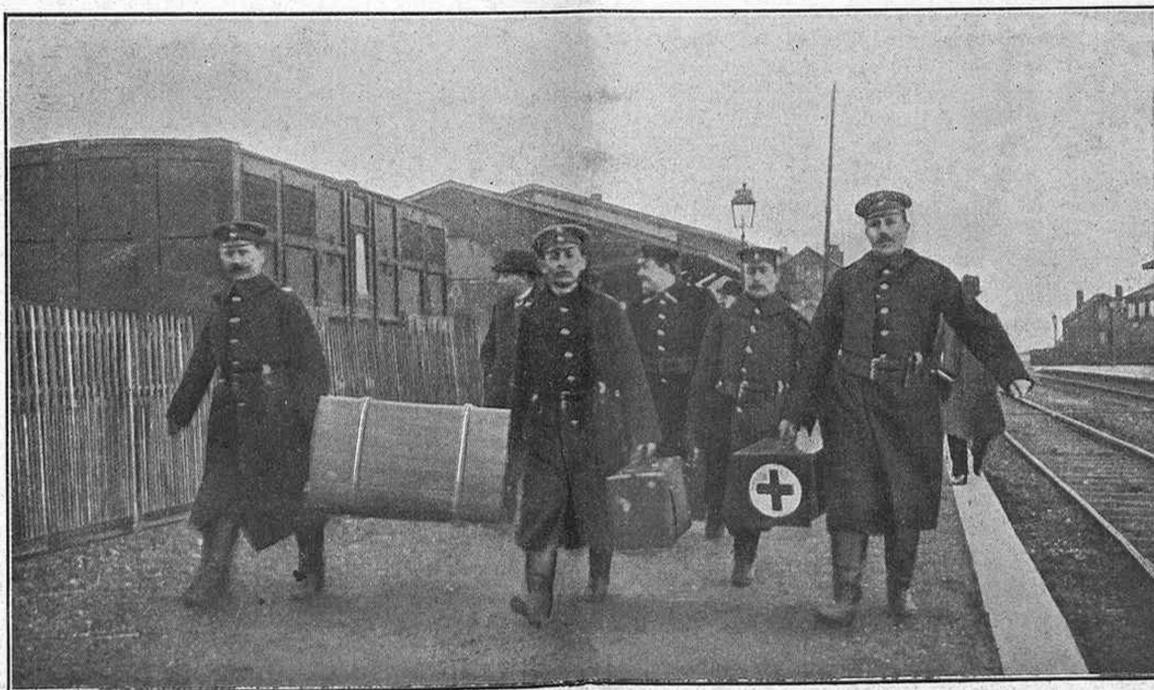
Para cuando hayan terminado su misión han sido invitados á la capital de Francia, en donde se disponen en su honor varias fiestas.

La Universidad popular del arrabal de San Antonio los recibirá á su llegada á París, y un delegado de esa asociación, ex minero, irá á buscarlos á las minas de Courrieres. Pasarán un día en la capital y por la noche asistirán, vestidos con sus uniformes, al teatro Antoine, en donde se dará en su honor una representación de la comedia *Vieil Heidelberg*, terminada la cual se les ofrecerá un

*punch*. A los westfalios les acompañará una sección de bomberos parisienses.—R.



BARCELONA. — Cuestación pública organizada por la Sociedad Barcelonesa de Beneficencia, con la cooperación de varias sociedades, en favor de las víctimas de Courrieres y efectuada en los días 18, 19 y 20 de los corrientes. — La comitiva delante del Consulado de Francia. — La comitiva en el cruce del Paseo de Gracia con la calle de Cortes. (De fotografías de Castellá.)



LA CATÁSTROFE DE COURRIERES. — Llegada á la estación de Billy-Montigny de la brigada de salvamento alemana con sus aparatos. (De fotografía.)

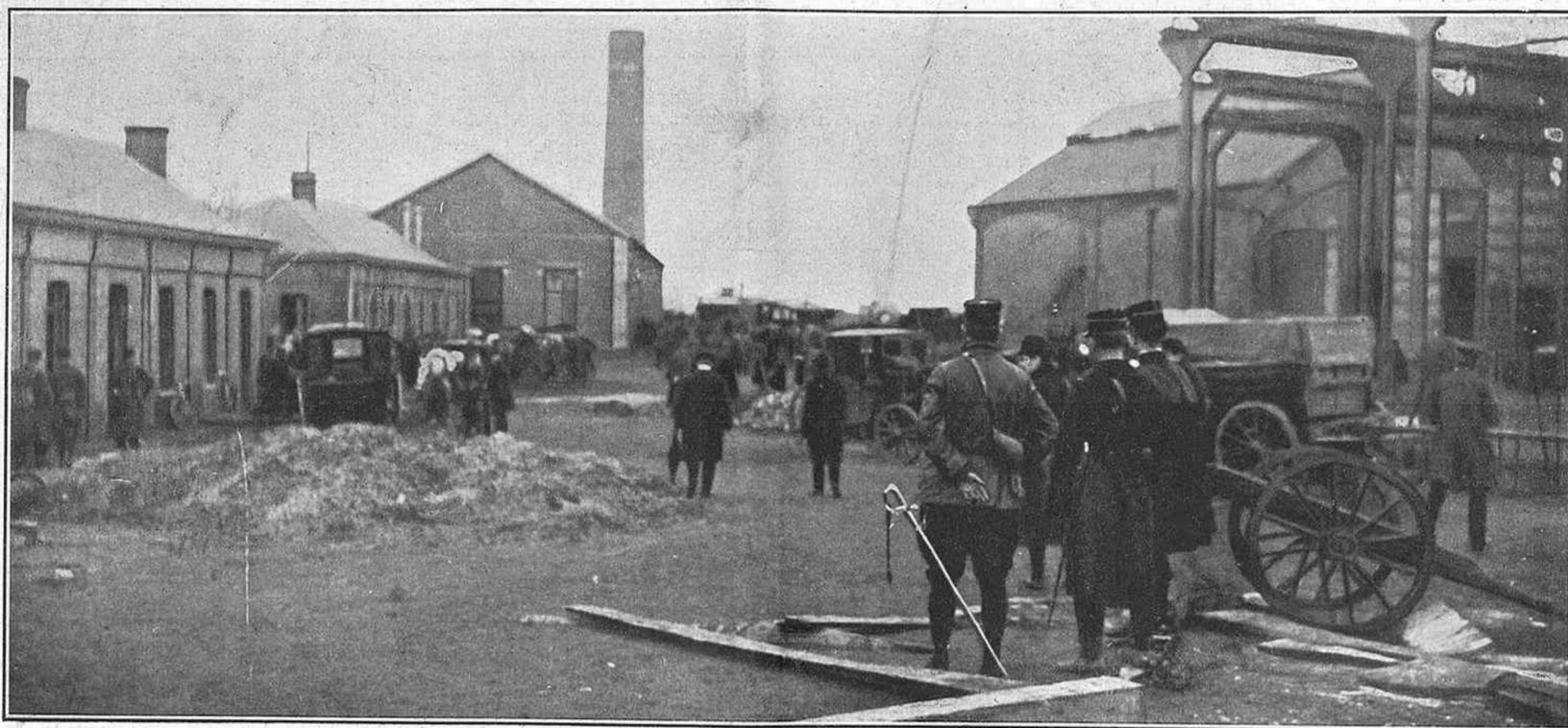
cara que las aísla del aire viciado y las pone en comunicación con el oxígeno contenido en las bote-

llas. Uno de los órganos esenciales del aparato es el regenerador del aire; el aire espirado contiene todavía una proporción elevada de oxígeno, y expulsar este oxígeno al exterior sería malgastarlo, tanto más cuanto que para asegurar al salvador una respiración de alguna duración sería preciso dotarle de una provisión de oxígeno pesada y embarazosa. El regenerador por el cual pasa el aire espirado le desembaraza del ácido carbónico y lo convierte de nuevo en respirable; provisto de él puede un hombre moverse y trabajar sin peligro por espacio de dos horas en la atmósfera más inficionada.

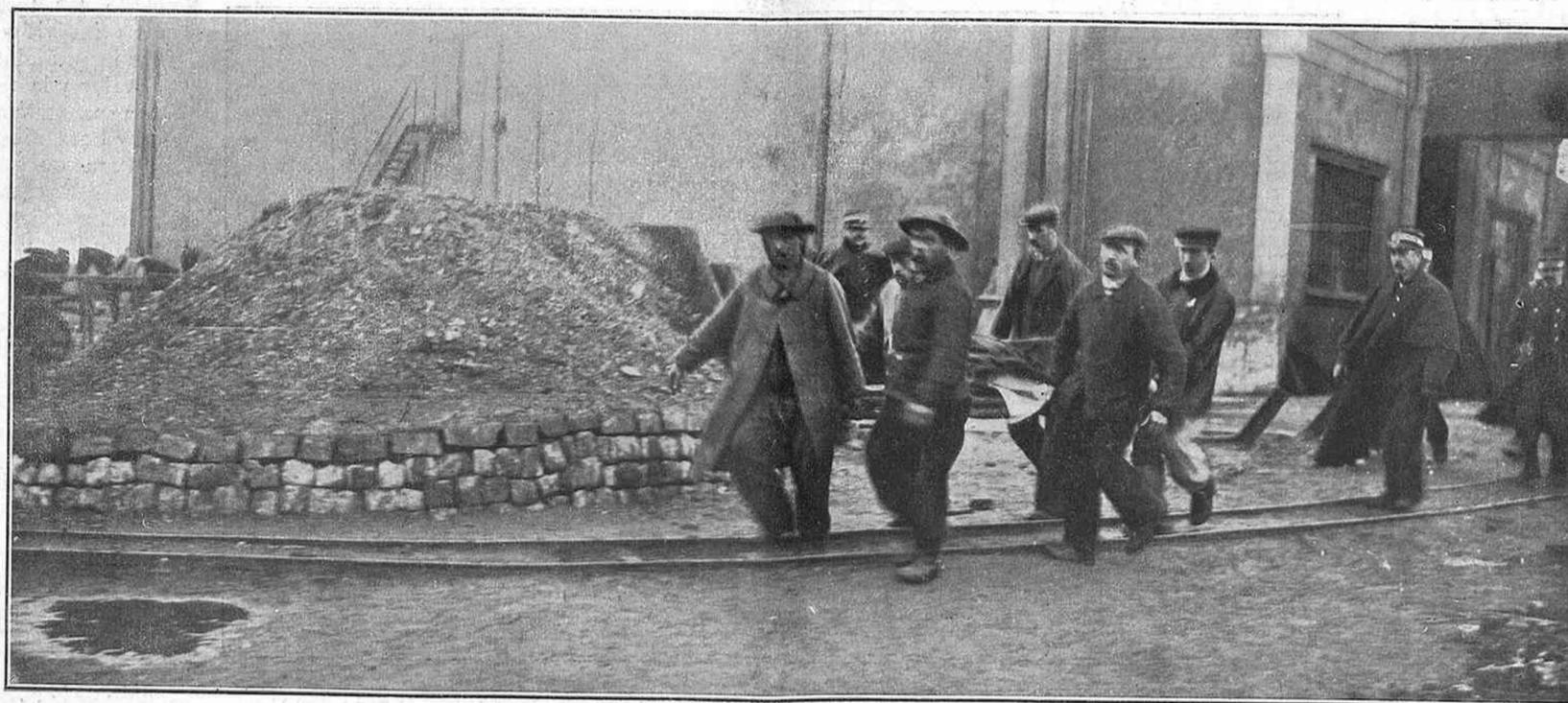
Inmediatamente después de su llegada á la estación de Billy-Montigny, los individuos de la brigada westfaliana fueron recibidos por un representante de la compañía, y acompañados por éste se dirigieron al sitio en donde están situadas las minas. Después de hechas las presentaciones correspondientes, el ingeniero M. Weiss preguntó al capitán Kopp, jefe de la brigada: «¿Cuándo quiere usted empezar, capitán?»—En seguida, contestó.



Mineros á la entrada del pozo número 10. (De fotografía de M. Branger.)



Vista general del pozo número 4. (De fotografía de M. Rol y C.<sup>ª</sup>)



Transporte de cadáveres extraídos del pozo número 4. (De fotografía de M. Rol y C.<sup>ª</sup>)

LA CATÁSTROFE DE COURRIERES



Conducción de cadáveres. (De fotografía de «Photo-Nouvelles»)



Entierro de las víctimas en una fosa común, en Méricourt. (De fotografía de «Photo Nouvelles.»)

LA CATÁSTROFE DE COURRIERES



MADRID. — RECEPCIÓN DEL NUEVO EMBAJADOR INGLÉS MR. BUNZEN, EL DÍA 19 DE LOS CORRIENTES. EL EMBAJADOR DIRIGIÉNDOSE AL PALACIO REAL PARA PRESENTAR SUS CREDENCIALES AL REY. (De fotografía.)

La recepción del nuevo embajador de Inglaterra ha revestido especial solemnidad. En carrozas de la real casa dirigióse la comitiva al palacio, en donde la guardia del exterior y la de alabarderos le tributaron honores reales. Los discursos que se cruzaron entre él y el monarca fueron afectuosísimos, y en ellos hubo delicadas alusiones á la próxima boda de Alfonso XIII, que contribuirá sin duda á estrechar más las amistosas relaciones entre Inglaterra y España.

**Espectáculos.** — BARCELONA. — Se han estrenado con buen éxito: en el Principal *La presó de Lleyda*, visión musical en cinco cuadros, letra de A. Gual, con bellísima música de Pahissa y magníficas decoraciones de Vilumara, Moragas, Alarma y Junyent; *La condesa de Scarbanyas*, comedia en un acto de Molière, muy bien traducida al catalán, y *Cel que s'obre*, comedia en un acto de R. Surifach Senties; en Romea *D'amor no s' en viu*, linda comedia en tres actos de José Martí y Folgueras, y *En Pep Botella*, monólogo de Angel Guimerá; en Novedades *La trilogía di Dorina*, comedia en tres actos de

maestro Cassadó, y en el Eldorado *El gobernador de Urbequieta*, comedia en tres actos arreglada del francés por el señor Jurado de la Parra.

\*\*\*

*Asociació Wagneriana.* — Se ha dado en esta asociación la primera de las sesiones dedicadas al estudio y audición de *La posta dels Deus (Die Gotterdammerung)*, cantándose en ella el primer acto íntegro de tan hermosa ópera, última parte de la tetralogía de *El anillo del Nibelungo*, que ejecutaron con

## AJEDREZ

### CONCURSO DE PROBLEMAS EN 3 JUGADAS

Transcurrido un mes después de emitido el fallo, en vista de no haber sido demolido ninguno de los problemas premiados, se dió por definitivo el mismo, y se procedió á la apertura de los sobres que encerraban los nombres de los autores que tomaron parte en el concurso, los cuales son los siguientes:

*Alemania:* J. Neumann.  
*Austria:* K. Erlin, M. Feigl, A. A. Ursic.  
*Bohemia:* E. Palkoska, J. Smutny.  
*Dinamarca:* J. Jespersen, J. Möller.  
*España:* I. Casamada, R. Faus, C. López Cepero, A. No-  
 vejarque, R. Padreny, J. Paluzie.  
*Estados Unidos:* F. Gamage.  
*Francia:* E. Cavrel, Com. Mirault, E. Pradignat.  
*Holanda:* J. Cauveren, Th. A. Klaasen, L. A. Kuijers, H.  
 L. Schuld (este compositor es ciego).  
*Hungría:* J. Bartsch.  
*Inglaterra:* P. Osborn.  
*Italia:* C. Borgatti, A. Ferrari.  
*Noruega:* K. Nielsen.  
*Rusia:* A. Chochin, V. De-Barbieri.  
*Suecia:* C. E. Lindquist.

Los autores de las obras premiadas son:

1.º premio. Problema n.º 8. Lema: «Emendatum.» — Autor: J. CAUVEREN, de Amsterdam.  
 2.º premio. Problema n.º 18. Lema: «Zobe.» — Autor: E. PRADIGNAT, de Saujon (Francia).  
 3.º premio. Problema n.º 29. Lema: «Carillon.» — Autor: J. BARTSCH, de Klausenburg (Hungría).  
 4.º y 5.º premios *ex-æquo*. Problema n.º 12. Lema: «Zdrava Marija.» — Autor: A. A. URSIC, de Kirchheim (Austria). — Problema n.º 30. Lema: «Devinette.» — Autor: K. ERLIN, de Viena.  
 1.ª mención. Problema n.º 11. Lema: «Miapaciduc.» — Autor: F. GAMAGE, de Westborough (Estados Unidos).  
 2.ª mención. Problema n.º 24. Lema: «Natura non facit saltus.» — Autor: J. PALUZIE, de Barcelona.  
 3.ª mención. Problema n.º 17. Lema: «Fiat justitia.» — Autor: A. CHOCHIN, de San Petersburgo.  
 4.ª mención. Problema n.º 25. Lema: «Petere licet?» — Autor: M. FEIGL, de Viena.  
 5.ª mención. Problema n.º 7. Lema: «Vive le roi.» — Autor: H. L. SCHULD, de Grave (Holanda).

Acto seguido se enviaron á su destino por el correo los premios 1.º, 2.º y 3.º, conforme estaba estipulado. Respecto á los 4.º y 5.º, que los infrascritos se vieron obligados á introducir en vista de la importancia de las composiciones premiadas, se acordó que consistieran en dos ejemplares de la obra de José Brunet *El ajedrez. Investigaciones sobre su origen*.

Terminamos esta grata tarea manifestando nuestro más profundo agradecimiento á los compositores que han honrado el Concurso, y á la vez que felicitamos á los laureados deseándoles perseveren en sus éxitos, nos permitimos aconsejar á los que no han obtenido recompensa, que no desmayen en perfeccionar su arte para que en lo sucesivo vean coronadas las obras que envíen á estos deliciosos certámenes de ingenio.

Barcelona, agosto de 1905.

JOSÉ TOLOSA Y CARRERAS. VALENTÍN MARÍN.



SAN PETERSBURGO. — LLEGADA DEL GENERAL LINIEVITCH, DE REGRESO DE LA MANDCHURIA (De fotografía de «Photo-Nouvelles.»)

El día 7 de los corrientes llegó á San Petersburgo el general Linievitch, el generalísimo del ejército ruso durante la última parte de la guerra japonesa. La recepción que se le tributó fué simplemente afectuosa. ¡Qué diferencia entre esta *afectuosidad* y el entusiasmo con que fué acogido su nombramiento á raíz del desastre de Mukden!

Rovetta, é *Il quieto vivere*, comedia en tres actos de Testoni, que han valido nuevos triunfos á la eminente actriz Tina di Lorenzo; en el Tivoli *La real mentira*, zarzuela en un acto y cinco cuadros de los Sres. Cantó y Alvarez, con música del

gran acierto las Srtas. Marcé, Dachs, Serra, Puig y D'Esvern y los Sres. Colomé, Vilalta y Boatella, mereciendo todos grandes aplausos que con ellos compartió justamente el Sr. Doménech Español, encargado de la parte de piano.

## EL FALSARIO

NOVELA DE JULIÁN HAWTHORNE.—ILUSTRACIONES DE MAS Y FONDEVILA

(CONTINUACIÓN)

Por sus facultades intelectuales y morales era superior á los demás individuos de la familia, pues los padres, que no habían tenido la ventaja de recibir tan buena educación como su hija, conservaban aún algunos vestigios de rusticidad. La señora Vanderblich era piadosa y sencilla, y su esposo un hombre hábil, mas con el carácter brusco tan propio de hombres que han debido abrirse camino en el mundo á fuerza de trabajo. Sin embargo, toda la familia se distinguía por su bondad y su carácter hospitalario. Fedovsky, por su parte, se interesó desde luego por Serafina; había visto muchas jóvenes americanas en Europa, mas no de la mejor clase, y en todas ellas observó más bien audacia y volubilidad que no finura é inteligencia. En la mesa tuvo á su lado á Serafina, y en la conversación que con ella entabló no se limitó á lo convencional. Las preguntas de la joven revelaban mucha penetración, y sus contestaciones á las que el conde la dirigía eran siempre satisfactorias.

—¿Prefiere usted la democracia al despotismo?, preguntó Serafina á Fedovsky después de hablar de otros asuntos.

—¿Quién no la prefiere, excepto los déspotas?, replicó el conde.

—Pero debe usted tener alguna razón... ¿Cuál es?

—Yo creo que todo hombre debe tener parte en la confección y administración de las leyes que han de goberarnos.

—Pues aquí no sucede eso, por más que la Constitución lo autorice. De cada diez hombres, uno tendrá más autoridad y talento que los otros; y entre esos mismos diez se encontrará uno más fuerte que los demás. Los subordinados votan á quien sus jefes recomiendan; estos últimos obran siempre según sus propios intereses; y he aquí cómo se hacen las leyes. Algunos hombres se encargan de todo, y aunque generalmente se distinguen por su talento, no todos son buenos; necesitan dinero y poder, y obtienen ambas cosas á expensas del pueblo. ¿No sucede algo muy semejante bajo el despotismo? Añadiré que este último tiene una ventaja, y es que no pretende ser lo que no es, como lo hace nuestra democracia.

—Pero no se me negará, repuso el conde, que ustedes tienen la libertad de la prensa, la cual debe representar al pueblo, porque depende de él para su subsistencia.

—Si se juzgase por lo que los diarios dicen uno de otro, deberíamos creer que todos son falsos y están pervertidos. Nuestro pueblo es descuidado y se aviene á todo. Yo creo que tenemos poca dignidad ó conciencia, ó fe en la bondad desinteresada; y me parece que la prensa nos excita á tener menos.

—Pero supongo, señorita, que á pesar de lo que dice no prefiere el despotismo á la democracia...

—Mis preferencias, interrumpió Serafina, no merecen aprecio. Un hombre puede tener más razón que otro, y yo quisiera saber solamente cuál se acerca más á la naturaleza humana, porque éste será quien triunfe al fin. Los hombres no serán nunca iguales por su inteligencia y fuerza de voluntad; y los que tengan más talento y energía deben gobernar á los demás; no pueden menos de hacerlo así, y los otros han de obedecer.

—Pero tomemos un ejemplo práctico, dijo el conde. Los americanos son el pueblo más ilustrado del mundo, y los rusos el más bárbaro...

—La ilustración no es necesariamente bondad, así como la luz no es tampoco por necesidad calor.

—Pero debemos llegar á ilustrarnos. ¿Es la bondad algo más que el egoísmo inteligente?

—Yo creo que es una cosa del todo distinta.

—Entonces, usted supone que la bondad tiene más importancia que la ilustración...

—Sí, contestó Serafina, yo creo que si esta última no proviene de la bondad, no vale la pena tenerla, ó por lo menos, que no será duradera.

—¿Están ustedes hablando de política trascendental?, preguntó de pronto Federico. Amigo Fedovsky, añadió, no haga usted caso de mi hermana, porque es una anarquista de la peor especie, y no se detendría ante ningún obstáculo.

Serafina sonrió, mirando á su hermano sin contestar.

La señora Vanderblich intervino entonces para decir que iban á servir el te en la sala; levantóse y salió del comedor, seguida de su hija. Los hombres se quedaron para fumar.

—A propósito, padre, dijo Federico, el señor conde desea ocuparse en algo para ganarse la vida. ¿Puede usted ayudarle?

—Federico me ha dicho ya, repuso el Sr. Vanderblich, que usted desea naturalizarse como americano. ¿Es verdaderamente tal el objeto de usted?

—Sí, he pensado adoptar este país como patria, contestó Fedovsky; mi ánimo es no volver á Rusia, y ningún otro punto me atrae tanto como este.

—¿Y desea usted, en efecto, dedicarse al comercio en Nueva York? Yo creo que hace usted muy bien. Soy banquero, y si usted quiere emplear su capital en el negocio, verá usted que esto es tan provechoso como seguro.

—No pensaba ahora en el capital, porque es muy poco lo que yo podría emplear; mas si quisiera estudiar bien el asunto sobre la Banca, comenzando desde el principio, y siguiendo mi aprendizaje paso á paso. Según dije ayer á Federico, quiero saber cómo ganar mi subsistencia.

—En una palabra, dijo el joven Vanderblich, el señor conde ha dado ahora en la manía de trabajar como si lo necesitase para vivir. ¿Puede usted ayudarle, padre mío?

—En cuanto á eso, contestó el banquero, sin duda encontraremos alguna colocación para él. Precisamente yo pensaba agregar una dependencia más á nuestras oficinas, y con esto tendríamos el medio; mas supongo que no hay necesidad de apresurarse. Será necesario, señor conde, que usted se familiarice primero con las costumbres americanas, relacionándose con algunos de nuestros bolsistas; y seguramente no le faltarán muchas ocupaciones sociales durante algunas semanas y hasta meses. Cuando usted se halle preparado para nosotros, podremos servirle; y tal vez no sienta haber tenido tiempo para pensar dos veces sobre el asunto, pues no pocas veces los hombres cambian de parecer.

Fedovsky dió gracias al banquero, y ya no se habló más sobre el asunto. La situación era tan halagüeña como podía esperarse; y apresurar las cosas hubiera sido exponerse á perder la oportunidad.

El conde pasó á la sala á tomar el te, muy satisfecho de tener otra ocasión para hablar con Serafina, pues era la única mujer, excepto la primera que amó, que le inspiraba verdadero interés, no por ninguna razón particular, sino porque congeniaba verdaderamente con ella, pareciéndole encontrar en la joven lo que había buscado tanto tiempo. Su sensación era semejante á la del viajero que, creyéndose perdido, ve de pronto un objeto familiar por el que reconoce que está á las puertas de su casa. La presencia de Serafina le alegraba, y no porque en aquellas circunstancias pensase ni remotamente en el matrimonio, sino porque aquella joven le agradaba mucho y le complacía haberla conocido.

Al reunirse con las señoras, Fedovsky observó que habían llegado otros dos ó tres caballeros, y que uno de éstos acababa de sentarse junto á Serafina, con el aparente propósito de no ceder su puesto á nadie; pero la señora Vanderblich, á quien al parecer inspiraba mucha simpatía el conde, trabó conversación con éste, deseosa de conocer todas las particularidades de la vida doméstica en Rusia. Fedovsky satisfizo su curiosidad lo mejor que pudo, aunque comprendiendo que tal vez escandalizaría á la buena señora con su relato; y durante el resto de la velada no se produjo ningún otro incidente particular.

El conde salió de la casa muy bien impresionado, y formando el mejor concepto de la familia americana, la primera que le había admitido bajo su techo. La sonrisa de Serafina y el contacto de su mano al despedirle le complacieron más que todo; y volvió á su hotel con el corazón más ligero, aunque no tenía ningún motivo particular para congratularse.

XI

ASUNTO INSIGNIFICANTE

El conde Fedovsky se vió considerado muy pronto, con no poca inquietud suya, como hombre de moda y de distinción en Nueva York; nada podía ser más agradable, aparentemente al menos, á Tomás, que estaba del todo satisfecho. El único gasto del conde se reducía á pagar la cuenta del hotel, y tenía en mucho satisfacerla mensualmente; pero no hacía más que dormir en su alojamiento, pues durante todo el día estaba con sus numerosos amigos. Los principales clubs le habían enviado invitaciones; y en una palabra, parecía que se conspiraba para ofrecerle alguna diversión ó pasatiempo, sin pedirle en cambio más que su benevolencia. Todos se disputaban el privilegio de pagar sus gastos, y hubiera podido pedir prestado miles de duros con la seguridad de que las personas que se los facilitasen quedarían muy lisonjeadas por la preferencia. Fedovsky, al fin, era hombre como los demás, y tal vez se infatuó un poco por aquella popularidad; pero cuando reflexionaba sobre su situación no podía menos de recordar que todo esto se basaba en la suposición de que era un nabab; y harto comprendía que si se conocieran sus verdaderas circunstancias, muy pronto se produciría un cambio radical en el trato que se le dispensaba.

A no ser por dos consideraciones, tal vez hubiera hablado con franqueza, dando á conocer á todos su situación: fundábase la primera en su esperanza de que el Sr. Vanderblich, padre, le proporcionara una colocación en su Banco; la segunda era que Serafina había producido una impresión profunda en su corazón. Difícilmente podía prever el resultado de una cosa ú otra; pero cuando las emociones y afectos intervienen, la más pequeña posibilidad basta para infundir gran confianza.

Cierto día, hallándose el conde en el club con los amigos que más íntimamente trataba, es decir, el coronel Oakley, el juez Farren, Brooks y otros dos, el primero propuso pasar la noche recorriendo los barrios bajos y algunos garitos, pasatiempo que algunas veces se permiten los caballeros cuando no saben en qué distraerse, imaginándose que van á sorprender algunos secretos de la naturaleza humana.

La proposición del coronel fué acogida favorablemente, y Brooks observó que la educación americana del conde no sería completa si no veía algo del aspecto nocturno de Nueva York. A Fedovsky no le agradaba mucho semejante pasatiempo; mas no quiso combatir la voluntad de la mayoría. El juez Farren apoyó la idea, y después de fijar la hora y el sitio en que debían volver á reunirse, despidiéronse hasta la noche.

Como el coronel conocía muy bien la ciudad y estaba perfectamente informado sobre asuntos de policía en general, cuando volvieron á reunirse Fedovsky se cogió de su brazo é hizo muchas preguntas para saber cómo estaba organizado en Nueva York el servicio de seguridad pública. El coronel era hombre muy competente para explicar cuanto se deseara saber sobre el asunto, y cuando á petición del conde comenzó á dar los informes sobre los crímenes cometidos últimamente y sus perpetradores, Fedovsky se interesó mucho en el relato.

—No comprendo, dijo de pronto, cómo en el caso de cometerse un delito, sin dejar huella ni señales, se averigua al fin quién es la persona de que se debe sospechar. Supongamos que un ladrón entra en mi casa, se lleva cuanto tengo y yo no descubro el hecho hasta la mañana siguiente; ¿cuál sería el primer paso que se daría para identificar al culpable?

—¡Oh! Por lo regular sirve de guía el sentido común, contestó el coronel. Yo he leído algo sobre el sistema adoptado en Francia para coger á los ladrones; pero aquí no se procede del mismo modo. Allí trabajan la cosa poco más ó menos como si se tratase de una suma aritmética. En primer lugar, los crímenes se cometen por criminales...

—¡Oh..., ya, ya se supone!, repuso Fedovsky sonriendo.

—Déjeme usted acabar; quiero decir criminales de profesión, como, por ejemplo, los ladrones, timadores, falsificadores y rateros. Respecto al asesinato, es distinto; los que le cometen no son siempre profesionales.

—No creo que haya profesión de asesinar, por fortuna nuestra, y es un consuelo creerlo así.

—Precisamente; y por la misma razón, la cosa se descubre á menudo más pronto de lo que se creería. No siempre, pero sí muy á menudo, el que ha cometido una muerte pierde la cabeza de una manera ú otra, y acaba por descubrirse él mismo; pero los ladrones de profesión son otra cosa, y entre ellos hay hombres muy diestros, que demuestran gran ingenio. Trazan sus planes muy de antemano, los maduran durante largo tiempo, y no dan el golpe hasta que están casi seguros del resultado.

—¿Y no se venden nunca uno á otro?

—Dícese, contestó el coronel, «que entre los ladrones hay cierto honor,» aunque la experiencia no lo demuestra así. Los jefes no se exponen á semejante peligro, porque se mantienen invisibles; dirigen las operaciones, pero nunca se les ve la cara; y a veces no los conocen ni aun los hombres que trabajan para ellos. Las instrucciones se transmiten por intervención de tercero, y nadie hace preguntas inconvenientes, comprendiéndose que cuanto menos se hable más seguro estará el secreto. Si se coge á alguno de los ladrones secundarios, nada dirá sobre el jefe, porque nada sabe de él, y es probable que no le conozca. Así tiene combinado su plan esa gente, y al parecer les da el mejor resultado.

—¿Pero cómo se llega á conocer al fin á los mismos jefes?

—Esto no es tan difícil, en cierto modo, como usted pudiera creer. Puede saberse que tal ó cual hombre es un ladrón, mas no se sigue de aquí que es dado acusarle de un crimen determinado, lo cual no impedirá que se le vigile de continuo, y que al fin y al cabo se le envíe á la cárcel. Apenas se sospecha de un hombre, queda sometido á la más rigurosa observación, y rara vez se le pierde mucho tiempo de vista. Se toma nota de las personas con quienes se acompaña, de la casa donde vive, de los viajes que hace, del dinero que gasta y de cuantas particularidades puedan ofrecer interés para el objeto. Después, si se comete algún gran crimen, determinase ante todo si es posible ó probable que sea el autor alguno de aquellos de quienes se sospecha; redóblase la vigilancia, y se averigua quién puede haberse beneficiado en el asunto. Sin embargo, añadió el coronel, para apoderarse de esos bribones hay dos medios de los que yo podría citarle á usted.

—¿Qué clase de criminales son los más difíciles de coger?, preguntó el conde.

—No lo sé á punto fijo, pero yo diría que los falsificadores figuran en primera línea por tal concepto, contestó el coronel, pues generalmente son hombres muy ingeniosos y no necesitan exponerse. La policía debe perder á veces mucho tiempo antes de que le sea posible apoderarse del falsificador... Dícese que por aquí anda un hombre, añadió el coronel después de una pausa, capaz de hacer por sí solo más daño que todos los demás si no se le coge á tiempo. Ya le han detenido más de una vez, pero nunca se pudo probar nada contra él. Es un caballero por su manera de conducirse y su educación, y tiene talento suficiente para robar el Tesoro de los Estados Unidos... Yo creo que no hay en el mundo bribón que le iguale. Jamás se detiene mucho tiempo en el mismo punto; y ha estado en Europa varias veces; viaja tranquilamente y vive bien, como hombre que se ha retirado de los negocios y quiere divertirse.

—¿Cómo se llama?, preguntó Fedovsky.

—¡Oh! Tiene más de un nombre, contestó el coronel, encogiéndose de hombros; si alguna vez se le sorprende en sus manejos, tal vez los sabremos todos; mas, por lo pronto, mejor será no citar ninguno...

—Parece que está usted muy enterado de los asuntos de la policía, dijo Fedovsky. ¿Cómo ha obtenido usted este conocimiento?

—¡Oh!, contestó el coronel sonriendo, lo sé todo porque el inspector Byrnes, es un antiguo amigo mío, y con frecuencia hemos hablado de los criminales y de sus métodos.

El conde y sus compañeros habían llegado ya al centro de la región donde pensaban dar principio á sus exploraciones; mas no será necesario seguirlos paso á paso. Las escenas y personas que pudieron observar no tenían el carácter más edificante ni eran muy propias para recrearles, mucho menos á Fedovsky, que había visto lo más interesante de Eu-

ropa, y á quien complacían sobre todo los sitios históricos que le recordaban la maldad y violencia de los hombres: la habitación de la reina María, con la mancha de sangre en el suelo, mudo testigo de un espantoso drama; la prisión de Raleigh en la Torre de Londres; la guillotina de la Revolución francesa; el campo de batalla de Waterloo, y otras muchas cosas de verdadero interés. Natural era que le inspirase repugnancia la contemplación de escenas villanas; aburriase por completo, y lo mismo le sucedió á los demás. Entonces se preguntaron qué harían para distraerse, y Brooks propuso ir á una casa de juego de cierto renombre, donde fácilmente se distraerían un rato.

Los demás convinieron en hacerlo así, y poco después llegaban á la puerta de la casa; hablaron con el vigilante y se les admitió; en la sala había mucha gente, y el juego estaba muy animado.

Al entrar, Tomás, que acompañaba á su amo, fijó su atención en un hombre de mediana estatura, rostro pálido y patillas negras, que ocupaba el ángulo de una de las mesas de juego; en su aspecto había alguna cosa que excitó su curiosidad, y dirigióse hacia aquel individuo.

Entre tanto, Brooks, que se registraba los bolsillos, profirió de pronto una exclamación de cólera.

—¿Qué ocurre?, preguntó el coronel, que estaba á su lado.

—¡He perdido mi cartera!, contestó Brooks. La llevaba en el bolsillo del pecho...

—¿Tal vez la haya dejado usted sobre la mesa en el café. ¿No la tenía usted allí?

—Y después también. Seguramente me la han robado.

—Sí, y el ladrón ha dejado la señal, añadió el coronel señalando un ligero corte en el lado del bolsillo, por donde evidentemente habían sacado la cartera. ¿Llevaba usted mucho dinero?

—Mucho más de lo que yo hubiera querido..., por lo menos seiscientos duros...

—Siento mucho no haber vigilado más, repuso el coronel.

—En fin, no importa, repuso Brooks, porque ahora mismo tendré dinero sin necesidad de volver á casa.

Y volviéndose hacia Fedovsky, que estaba junto á él, añadió:

—¿Puede usted prestarme seiscientos duros, señor conde?

Fedovsky tenía por costumbre llevar todo su dinero encima, á fin de estar preparado para cualquiera contingencia; pero proponiase siempre observar la más estricta economía. Prestar, por supuesto, no era gastar el dinero, é indudablemente Brooks podía satisfacer una deuda cien veces mayor; pero éste imaginaba tal vez que un hombre de millones, como él suponía á Fedovsky, pensaría muy poco en una deuda de seiscientos duros, y que no era urgente pagarle, si acaso se acordaba de hacerlo. Por otra parte, si rehusaba el dinero á Brooks, éste lo juzgaría muy extraño, á la vez que desatento, pudiendo infundirle la negativa desagradables sospechas. No tenía más que un momento para reflexionar, y al fin se decidió por entregar á su amigo la suma pedida. Brooks dió las gracias y acercóse á la mesa de juego, donde los demás compañeros estaban muy ocupados. ¡Qué poco imaginaba que á Fedovsky no le quedaban apenas mil cuatrocientos duros en el mundo!

—¡Venga usted aquí conde!, díjole el coronel Oakley tirándole de la manga. Es preciso que pruebe usted también su suerte; yo acabo de perder cincuenta duros, y me alegraría que usted los recobrará. ¡Ustedes los millonarios son muy afortunados! ¡Vamos!

Por la primera vez en su vida, á pesar de sus tristes experiencias, Fedovsky se sintió animado del verdadero instinto del jugador. Con un poco de suerte, en pocos minutos podía ganar bastante dinero para vivir con comodidad un año ó dos. Había sido afortunado cuando no le importaba perder, y en su opinión, lo mismo podía serlo cuando necesitaba ganar. Bajo este impulso, acercóse á la mesa, que era la del *Treinta y Cuarenta*, y comenzó á jugar.

Ganó y ganó una y otra vez, y después perdió; mas persuadido de que aquello era un revés pasajero, siguió apuntando. Sus pérdidas, no obstante, se repitieron hasta que, algo inquieto, el conde iba á retirarse, pero la suerte le favoreció otra vez. Entonces aventuró suficiente cantidad para resarcirse de todas sus pérdidas si ganaba..., vino la contraria y perdió su última puesta. Entonces el conde se retiró con la sonrisa en los labios, dejando en el tapete mil duros.

Sus compañeros se rieron también, dándole bro-

ma sobre su pérdida, y él les contestó en el mismo tono, pero con el desaliento en el corazón. ¡Solamente le quedaban cuatrocientos duros, y debía pagar varias cuentas, dos de ellas algo considerables! ¿Qué debía hacer? ¿Pediría á Brooks la cantidad prestada? Con esto no retardaría mucho tiempo el desenlace, y tal vez le apresurara. ¿Pediría mil ó dos mil duros prestados á un amigo? Sin duda los tendría al punto; pero ¿cómo devolverlos?... ¡No..., de ningún modo podía hacer esto!

Y para colmo de desgracias, el dinero que acababa de perder no era suyo.

En aquel momento acercóse á él Tomás, que por espacio de quince minutos había conversado con el hombre de rostro pálido en un ángulo de la sala, y que no había podido presenciar la pérdida de su amo.

—¡Qué incidente tan extraño me ha ocurrido, señor!, dijo en voz baja. ¡Acabo de encontrar á mi único hermano Carlos en esa mesa de juego, y he sabido por su propia boca que es ladrón de oficio!

## XII

### UNA OPERACIÓN

El conde Fedovsky no había sabido nunca lo que es un hombre arruinado, y adquiriría la experiencia de ello de una manera tan inopinada y repentina, que más bien le afectó como una ficción que como un hecho consumado. Un feliz incidente había cerrado algún tiempo antes la brecha abierta en su bolsa; mas ahora, el asunto era muy diferente. Durante los últimos meses había tenido sobrado tiempo para reflexionar sobre lo que significa la pobreza; ahora que llegaba, comprendíala bajo todas sus fases; y no le esperaba la pobreza tan sólo, sino también la desgracia.

Apenas sus amigos supieran la verdad, le considerarían como un petardista; ó poco menos; cierto que no trató nunca de sacarles su dinero, pero habíase asociado con ellos bajo falsas apariencias; y podían decir muy bien que no le hubieran tratado con tanta deferencia si hubiesen sabido que no tenía un cuarto. Para mayor desconsuelo, á la mañana siguiente supo que Brooks había emprendido un viaje á Chicago para evacuar ciertos asuntos, y que no regresaría hasta el otoño. Evidentemente se le había olvidado devolver los seiscientos duros que el conde le prestó.

Tomás insistió en considerar la pérdida del dinero como cosa de poca importancia, recordando al conde que aún conservaba su posición en la sociedad y su crédito, lo cual constituía su mejor capital, y que ya era tiempo de aprovecharse de las ventajas que esto le proporcionaba, puesto que no lo había hecho antes. Podría pedir lo que más le conviniera, y obtenerlo sin temor de que nadie le hiciera preguntas indiscretas, y con un poco de astucia se vencerían todas las dificultades. Fedovsky lo comprendió así también, mas no era hombre capaz de valerse de manejos de ninguna especie para conseguir cualquier objeto, y no quería hacer la menor cosa que mereciera censura.

Lo que más preocupaba á Tomás era el encuentro con su hermano Carlos; hacía largo tiempo que le creía difunto; y ahora volvía á verle sano y salvo, aunque sin duda con un pasado muy tenebroso; pero en rigor ignoraba cuáles serían sus antecedentes. Carlos había dicho á Tomás que deseaba enmendarse, y al saber que su hermano estaba al servicio de un millonario ruso, manifestó la esperanza de que éste le tendiera una mano protectora para ayudarle á ser hombre de bien; pero el conde era hombre arruinado, y Tomás dijo á Carlos que no podía esperar nada de él. El fiel criado, no obstante, pensaba, sin motivo alguno para ello, que Carlos podría servirle de alguna cosa.

Lo primero que hizo el conde fué pagar sus cuentas pendientes, las cuales resultaron ser, como sucede con frecuencia, más numerosas y considerables de lo que él calculaba, tanto que después de satisfacer la última su capital quedó reducido á ochenta y cuatro duros. Proponiase dejar sus habitaciones del hotel al día siguiente, y ya iba á pedir la cuenta, pero Tomás protestó tan enérgicamente contra esta medida, que hubo que escuchar sus argumentos. El fiel criado dijo que los efectos contenidos en los cofres valían cien veces más de lo que se adeudaba en el hotel, y podían dejarse en el almacén del establecimiento como garantía; después, tomando una maleta con algunos objetos que se pudieran vender y la ropa blanca necesaria, podría salir del hotel como si se ausentase tan sólo por un día ó dos; y luego escribiría una carta diciendo que imprevistas circunstancias le obligaban á retardar su vuelta, y

que por lo tanto podrían disponer de sus habitaciones. De este modo, el conde se guardaría sus ochenta y cuatro duros, dejando su equipaje convenientemente almacenado. El dueño del hotel quedaría satisfecho, sin abrigar la menor inquietud.

Mientras que Fedovsky vacilaba sobre aceptar este plan, llegó un mensajero con una carta, cuyo sobre llevaba el sello de la casa de banca de Vanderblich: era una invitación para que fuera á comer aquel mismo día con la familia, porque el banquero deseaba hablar con el conde sobre un asunto de interés.

—¡Ya lo tiene usted todo arreglado, señor!, exclamó Tomás cuando su amo le hubo leído la carta. Ahora le ofrecerán á usted un buen sueldo y todas las ventajas que pueda apetecer. Mejor será no pagar la cuenta del hotel hasta después de haber celebrado la conferencia, pues seguramente no volverá usted á verse en apuro por semejante causa.

Fedovsky no pudo negar que aquel mensaje comunicaba mejor aspecto á la situación, y consintió en dejar las cosas como estaban veinticuatro horas más. Dirigióse á casa de Vanderblich á la hora señalada, y fué recibido con la mayor cordialidad.

Durante la comida, los jóvenes hicieron principalmente el gasto de la conversación, es decir, Vanderblich hijo, Serafina y el conde. Federico anunció que había comprado á Brooks su yate de recreo, y que su intención era emprender una larga excursión marítima durante el verano; Serafina debía acompañarle, y así ésta como su hermano esperaban que Fedovsky fuese con ellos.

Al oír la proposición, el anciano banquero movió la cabeza como desaprobando.

—Mejor será, dijo al conde, que piense usted dos veces antes de aceptar, porque un yate tiene el espacio muy limitado, y muy pronto se aburrirán ustedes.

La idea de que la presencia de Serafina pudiese cansar al conde pareció á éste verdaderamente absurda. El banquero había echado de ver sin duda la naciente simpatía entre su hija y Fedovsky, y hubiérase dicho que le halagaba la esperanza de que sus relaciones se consolidasen. Serafina no era el primer amor del conde; pero con frecuencia sucede que el segundo, por la intensidad del sentimiento que despierta, es tan poderoso como la pasión magnética que aquél inspiró. Con Serafina podía ser dichoso; sin ella, la vida le sería enojosa. Por lo que Fedovsky observaba, la hija del banquero le correspondía, y parecía que en el caso de solicitarla por esposa obtendría sin dificultad su consentimiento; pero ¿cómo atreverse á pedir su mano? No le era posible hacerlo honrosamente sin dar á conocer su triste situación, y siendo pobre, no se creía con derecho para aspirar á semejante unión. Por otra parte, si guardaba el secreto de su pobreza, tal vez conseguiría casarse con la joven; pero bien mirado, eso sería proceder como un aventurero vulgar; y Fedovsky opinaba que no podía ser feliz mientras no fuese caballero. La dificultad de ser lo primero sin lo segundo parece invencible á ciertos hombres, aunque no se sigue de esto que la caballerosidad baste para asegurar la dicha.

Cuando la señora Vanderblich y su hija se hubieron retirado, el banquero acercó su silla al conde, mientras que Federico escanciaba licor en las copas, y al punto se entabló la conversación.

—Deseaba, dijo el Sr. Vanderblich, hablar á usted sobre un negocio que en mi concepto podría ser igualmente provechoso para los dos. Según tengo entendido, usted desea adquirir algún conocimiento sobre la manera de proceder en las transacciones financieras... Precisamente tengo ahora un proyecto que le proporcionaría lo que desea, permitiéndole también realizar una ganancia que, si bien insignificante para un hombre millonario, no dejaría de ser de bastante consideración.

—El sueldo común de un escribiente es por ahora todo cuanto deseo, contestó Fedovsky, algo inquieto ante aquel exordio.

—¡Bah! Eso tiene algo de novelesco, repuso el Sr. Vanderblich, sonriendo con afabilidad; pero mi proposición es práctica y provechosa. Además, el cargo de escribiente supone deberes que no comprendería al pronto quien no conoce la marcha de nuestras oficinas, y obtenerle, no sería para usted ningún negocio lucrativo...

—Lo que mi padre quiere decir, amigo mío, interrumpió Federico, es que á usted no le sería posible ganar su sueldo. Podríamos señalarle uno por pura broma, mas no creo que sea esto lo que necesita.

—Ciertamente quisiera trabajar por lo que me pagaran, repuso Fedovsky, que comenzaba á desanimarse; pero ¿están ustedes seguros que yo no

podría hacerlo? Todas las cosas deben tener su principio.

—Sí, replicó el joven Vanderblich, muy divertido al parecer con aquel diálogo, podría usted comenzar por ser dependiente de la oficina, debiendo encargarse de barrer las habitaciones por la mañana, sacudir el polvo y limpiar los estantes; pero esto no le enseñaría nada sobre negocios bursátiles. Se habla mucho de algunos dependientes que llegaron á ser reyes de la Bolsa; mas parece que ha pasado ya el tiempo de que tales cosas se realicen en la práctica. Temo mucho que deba usted comenzar por el extremo opuesto.

—¿Se me permitirá continuar?, preguntó cortésmente el banquero.

—¡Ah! Dispense usted, contestó Fedovsky.

—Es el caso, continuó el Sr. Vanderblich bajando la voz é inclinándose más hacia el conde, que ahora tenemos en la plaza cierto papel muy bien acreditado, como usted comprenderá si le digo que las acciones se cotizan hoy á noventa; son de ferrocarriles, y de una Sociedad muy conocida en Europa. Ahora bien: las circunstancias nos han colocado en situación de negociar en gran escala sobre este papel; y como no quiero molestarle con la fraseología técnica de la calle, le daré á conocer el asunto en lenguaje familiar. Nos proponemos producir una baja considerable en esas acciones, y para conseguirlo es necesario hacer de modo que el público deje de tener confianza en ellas, lo cual no se obtendrá sino convenciéndole de que se vende á cualquier precio. De este modo se producirá el pánico, como nosotros decimos, y todos los accionistas secundarios se apresurarán á vender por lo que se les dé; el público deducirá que algo va mal, y en su consecuencia, todos los que tengan papel se apresurarán á darle salida, absteniéndose de comprar los que no le hayan adquirido. De este modo bajará cada vez más, y esperamos que se coticen al fin á cincuenta, ó menos aún.

—Pero ¿por qué desea usted la baja, preguntó Fedovsky, que no veía claro el asunto, puesto que usted, según dice, tiene tanto papel de esa clase? Yo creo, por el contrario, que debería usted desear la mayor alza posible...

—Amigo mío, interrumpió Federico siempre sonriendo, no serviría usted ni para dependiente de oficina, y aún le falta aprender el *a, b, c*. En primer lugar, le advertiré que para vender papel no es necesario tenerlo; basta convenir en que se entregará á persona determinada en tal sitio y en tal fecha; y como es natural, se espera obtener un beneficio en la transacción, para lo cual es necesario haber comprado á menos precio del que se trata de exigir. Ahora bien: puede suceder que el vendedor se halle en el mismo caso que usted, y entonces...

—No es necesario entrar en tantos detalles, Federico, interrumpió el Sr. de Vanderblich. El conde comprenderá el punto esencial sin esos pormenores, que sólo pueden servir para confundirle. Si nosotros, añadió dirigiéndose á Fedovsky, nos convenimos en vender á usted mañana mil acciones al tipo de noventa, y entretanto se produce una baja de cuatro ó seis enteros, deberé haber depositado en manos de mi corredor una suma suficiente para liquidar la diferencia. Esto es lo que Federico iba á decirle; pero volvamos á nuestro asunto. Fácilmente comprenderá usted por qué razón deseamos obtener la baja en ese papel. El hecho de vender nosotros ha producido el efecto de disminuir el valor en el mercado, hasta el punto de que las acciones bajaran de noventa á cincuenta, lo cual se debe á la falta de confianza; y á fin de restablecer esta última y de que se aprecie otra vez el papel, únicamente se necesita comprar de nuevo tanto como vendimos antes. Las acciones se adquieren cuando han llegado á lo que parece ser el *mínimum*, es decir, á cuarenta; compramos á este precio todo el papel que se puede encontrar; y al ver esto, el público procura adquirir también y prodúcese el alza. De este modo conseguiremos que llegue á noventa de nuevo ó quizás á ciento, y así se obtendrá la diferencia entre el tipo más bajo y el más alto, es decir, á sesenta.

—Comprenda usted que eso es negociar, observó Federico.

—Pero seguramente, repuso Fedovsky, alguno ha de quedar perjudicado, si compró cuando el papel estaba en alza y vendió durante la baja.

—Todo es negocio, repitió Federico. En este asunto no se puede hacer nada sin que alguno se perjudique y pierda. Lo mismo harán con usted cuando les llegue el turno.

—Tratemos ahora de la parte de usted en el negocio, continuó el banquero después de haber apurado su copa de Jerez. Permítame advertirle ante todo que acabo de hablarle en el seno de la con-

fianza, y que si se supiese la menor cosa sobre nuestras intenciones perderíamos la partida. Hace algún tiempo que preparamos esta operación, y solamente porque deseo que tome parte en ella le hago esta confidencia.

—¿Y qué parte es esa, Sr. Vanderblich?, preguntó el ruso.

—Yo quisiera que usted se asociara con nosotros para sostener el mercado, ó mejor dicho, para producir la baja, contestó el banquero. Claro es que podría hacer el negocio por nuestra propia cuenta; mas por varias razones..., la consideración que nos merece, el afecto que le profesamos y otras cosas, desearíamos que tomara parte en el negocio. En resumen, nosotros ganaremos con la cooperación de usted, y no puede haber duda de que á su vez se beneficiará con la nuestra; de modo que las ganancias serán mutuas.

—¿Quiere usted decir que no habrá duda respecto al éxito de la operación?, preguntó Fedovsky. ¿Puede usted estar seguro de que le será dado conseguir la baja?

—Nada de lo que no ha sucedido ya se puede considerar como absolutamente cierto, contestó el Sr. de Vanderblich. Así, por ejemplo, no estamos completamente seguros de que el sol saldrá mañana; mas sin estar cierto en absoluto, no vacilaría en garantizar el resultado. En una palabra, yo le rogaría á usted que nos dispensara de entrar en detalles, permitiéndonos dirigir el negocio bajo nuestra propia responsabilidad; de modo que no tendrá que hacer más que percibir los beneficios.

—Sin embargo, en caso de haber pérdida, supongo que también me correspondería pagar mi parte...

—Aun en esa improbable contingencia, replicó el banquero, la cantidad no sería para usted de gran importancia. En resumen, debe usted advertir que yo le hago mi proposición más bien con objeto de consolidar nuestras amistosas relaciones, tan agradables ya, que con la idea de ocasionarle las molestias que pueda producir una operación financiera. Deseamos además hacer cuanto sea posible para que usted se familiarice con nuestras instituciones americanas y costumbres, y Federico y Serafina le darán á conocer algunas de ellas durante la travesía en el yate. Yo soy solamente un hombre de negocios, y espero que considerará mi oferta bajo el mismo espíritu amistoso con que yo la hago.

Fedovsky no tenía motivo alguno para desconfiar del Sr. Vanderblich, que tenía todas las apariencias de un hombre de buena reputación y rico, y que seguramente le había tratado muy bien. No le ocurrió preguntarse á qué debía tantas consideraciones, ni por qué era objeto de tan excepcional atención por parte del banquero y de su familia; y sin embargo, si hubiese reflexionado sobre el asunto, le habría parecido algo extraño que un antiguo y cauto banquero le invitase á él, persona relativamente extraña, á tomar parte en una operación tan secreta como importante, insinuando casi al mismo tiempo que le agradaría tenerle por yerno.

Si el conde hubiese meditado sobre estos hechos, sin duda hubiera sospechado que sus reputados millores y la circunstancia de que como capitalista europeo se le consideraría bien informado respecto á la condición del papel tan distribuido en Europa, eran la causa que inducía al banquero á buscar la cooperación del conde. También hubiera podido Fedovsky preguntarse después por qué un millonario como el Sr. Vanderblich deseaba tan particularmente unir su riqueza con la de un extranjero. Esto se explicaría por el afán de engrandecimiento que caracteriza á ciertas personas; pero podía ser también una urgente necesidad de adquirir más capital; el Sr. Vanderblich podía hallarse en algún apuro y necesitar á Fedovsky para que le ayudara.

Si el conde hubiera considerado la cuestión desde este punto de vista, sin duda se habría fijado más en ella; mas lejos de hacerlo así, creyó en las palabras del banquero con la mejor buena fe, pensando solamente en la feliz oportunidad que se le ofrecía, una de aquellas que no suelen presentarse más que una vez en el transcurso de nuestra existencia. Sin hacer más que echar la mano al bolsillo, dentro de una semana, poco más ó menos, estaría en posesión de centenares de miles de duros; con este dinero volvería á ser independiente, y durante la excursión marítima que debía seguir después, sería dado ofrecer su mano y su corazón á la mujer que amaba con la conciencia tranquila... No podía aspirar á más brillante porvenir.

Sin embargo, las condiciones eran desgraciadamente tales para Fedovsky, que no le era posible aceptar de ningún modo.

(Se continuará.)

## EL TREN ESPECIAL EN QUE VIAJAN

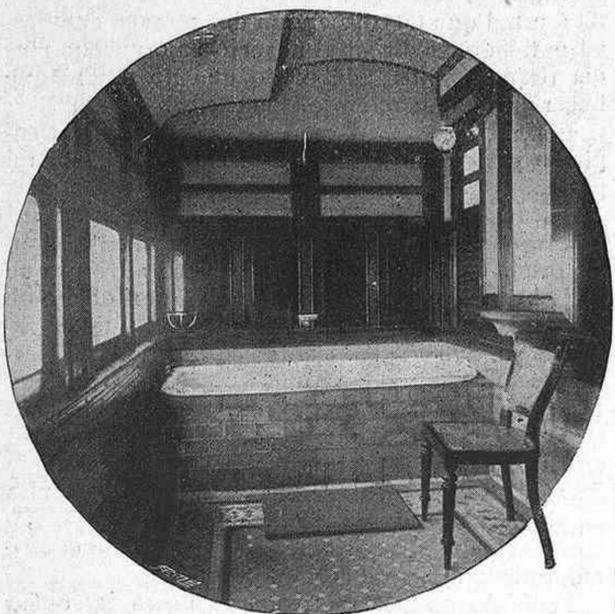
POR LA INDIA LOS PRÍNCIPES DE GALES

Muchos serán los que tengan envidia á los príncipes de Gales por su viaje á la India, porque los que no estén en el secreto sólo verán una marcha triunfal, durante la que con profusión se proporcionará á los viajeros cuantas comodidades puede procurar el dinero é idear el ingenio.

Pero el que tenga conocimiento exacto de la realidad, no envidiará á sus Altezas Reales las grandes molestias que esa excursión les ha de proporcionar. Habrá bailes de corte y revistas, ceremonias y fiestas oficiales, é interpolados entre ellos viajes por ferrocarril desmesuradamente largos.

Bueno será recordar que una excursión por la India no es lo mismo que por el Reino Unido de la Gran Bretaña é Irlanda. Aquí el viaje máximo es de 500 millas; allí los reales viajeros tendrán que recorrer miles de millas de una sola tirada.

El anterior tren oficial que usaron durante muchos años los difuntos virreyes de la India, era muy confortable; pero desde la época en que se construyó ha adelantado mucho la ciencia del ingeniero y al par de ella ha aumentado la posibilidad de emplear el lujo. En un país como la India, donde la



Cuarto de baño de S. A. R. el príncipe de Gales  
Único baño de esta clase que se ha instalado hasta ahora  
en un coche de ferrocarril

pompa y esplendor tienen tanta parte en la conservación del prestigio del *Rajah Inglés*, es de primera necesidad que cuando el virrey viaje lo haga de una manera correspondiente á su elevada posición.

El cansancio que semejante viaje ha de causar, hecho en las condiciones ordinarias, lo haría sumamente desagradable, y á fin de evitar esa molestia hasta donde fuera posible, el gobierno de la India decidió construir un tren especial para comodidad de sus regios huéspedes. Ideáronse proyectos é hicieronse planos, y el resultado ha sido la construcción del tren más lujoso que haya probablemente existido en el mundo.

Cuando se supo que se necesitaban obreros para construirlo, hubo una viva competencia para participar del honor de contribuir á su construcción, y en ella han tomado parte hábiles artesanos de Bengala, Bombay, Burmah y el Punjab. De esa manera llegó á ser la construcción del tren un asunto de interés para todo el imperio indio, y una prueba palpable de lo que puede hacer, en materia de material rodante, la más importante de las posesiones inglesas.

Los varios coches que lo componen tiene cada uno 24 metros de largo, ó sean cinco más que un salón ordinario, van montados en plataformas de seis ruedas, cuyo rodar es lo más suave é igual que pueda imaginarse.

Exteriormente todos los coches tienen el mismo

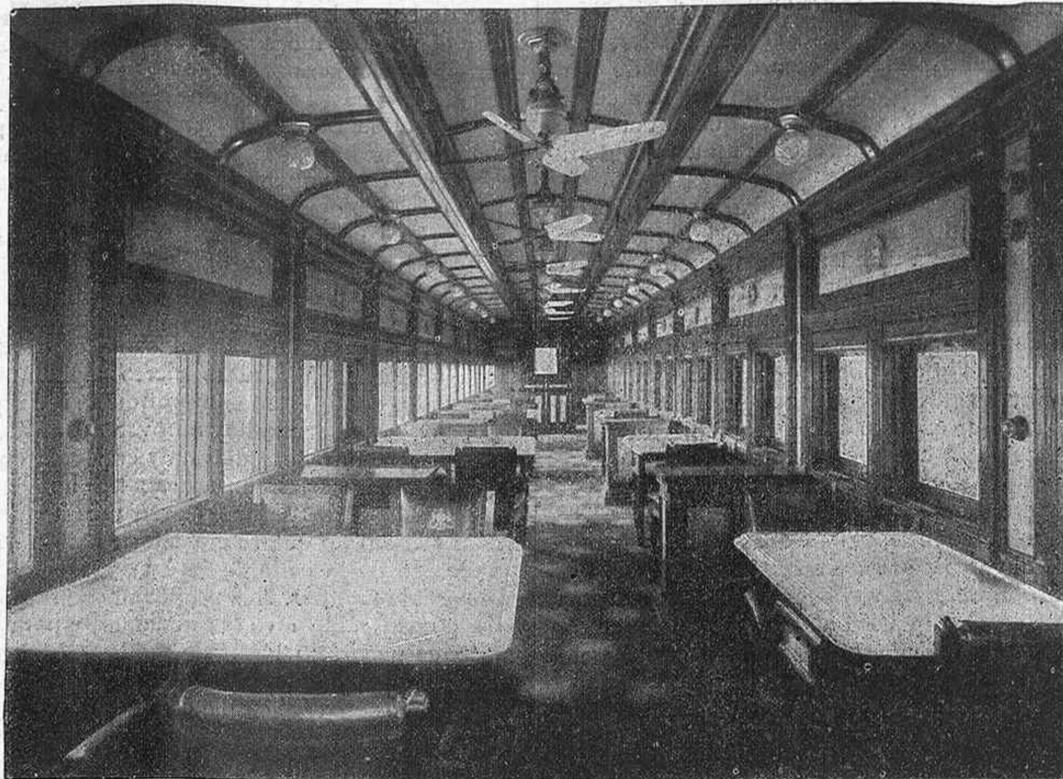
aspecto. La caja es de un hermoso color crema, las molduras de color castaño y los dibujos que los adornan sobrepuestos y dorados.

Interiormente varían, según el uso á que cada

aspecto. La caja es de un hermoso color crema, las molduras de color castaño y los dibujos que los adornan sobrepuestos y dorados.

Interiores, que hacen resaltar más la belleza del mueblaje.

En el departamento de día del príncipe los muebles son de caoba española y marroquí verde, con



Comedor del tren regio. Este departamento tiene 17 metros de largo

cual está destinado. Hay el regio, el del acompañamiento, el comedor y la cocina: cada uno de ellos es un modelo en su género. Los vagones se comunican directamente entre sí, por medio de pasillos que pueden cerrarse y que están contruidos de un modo especial y todos cubiertos, así es que se puede ir de un extremo á otro del tren, sin exponerse á los ardores del sol.

Para cada carruaje hay, como es consiguiente, una entrada distinta. Sus Altezas pueden pasar directamente del andén de las estaciones al balcón, que se halla al extremo del salón.

Entremos y examinemos los regios coches salones. Hay uno para el príncipe, otro para su consorte.

En los dos, las paredes están ataraceadas, de una manera admirable, con caoba española y otras maderas de lujo, elegidas por el contraste que unas con otras hacen.

La cubierta en toda la extensión del tren es en forma de cúpula; al techo van fijadas las lámparas eléctricas, cerradas en globos de cristal opaco. Junto á cada una hay un ventilador eléctrico para refrescar la atmósfera y preservar á los viajeros de los deprimentes efectos del calor.

Sobre el piso de cada coche hay una doble capa

de alfombra, así es que el andar por él es como pasear por un parterre de bien cuidado césped. La alfombra superior es de Axminster, de artísticos ma-

las armas reales estampadas en oro. El mobiliario del gabinete de la princesa es de limonero y seda brochada de un gris pálido.

Los dormitorios son en extremo lujosos y sus muebles una obra maestra del arte del ebanista. Inmediato á cada dormitorio hay un cuarto de baño de cuatro metros de largo por dos y medio de ancho. El piso de estos cuartos es de losetas de un delicado tono gris, y los muros, hasta la altura de las ventanas, están revestidos de losetas vidriadas de un verde sumamente pálido. La bañera es de cuerpo entero y de un aspecto que convida á meterse en ella.

El comedor es una maravilla de habilidad del constructor. Su anchura, naturalmente, está limitada por circunstancias que no era posible vencer, pero su longitud no baja de 17 metros. Colocándose en un extremo y mirando al otro, la vista abarca por completo todo el departamento, pues en toda su longitud no hay una sola columna ni otra cosa que haga de sostén.

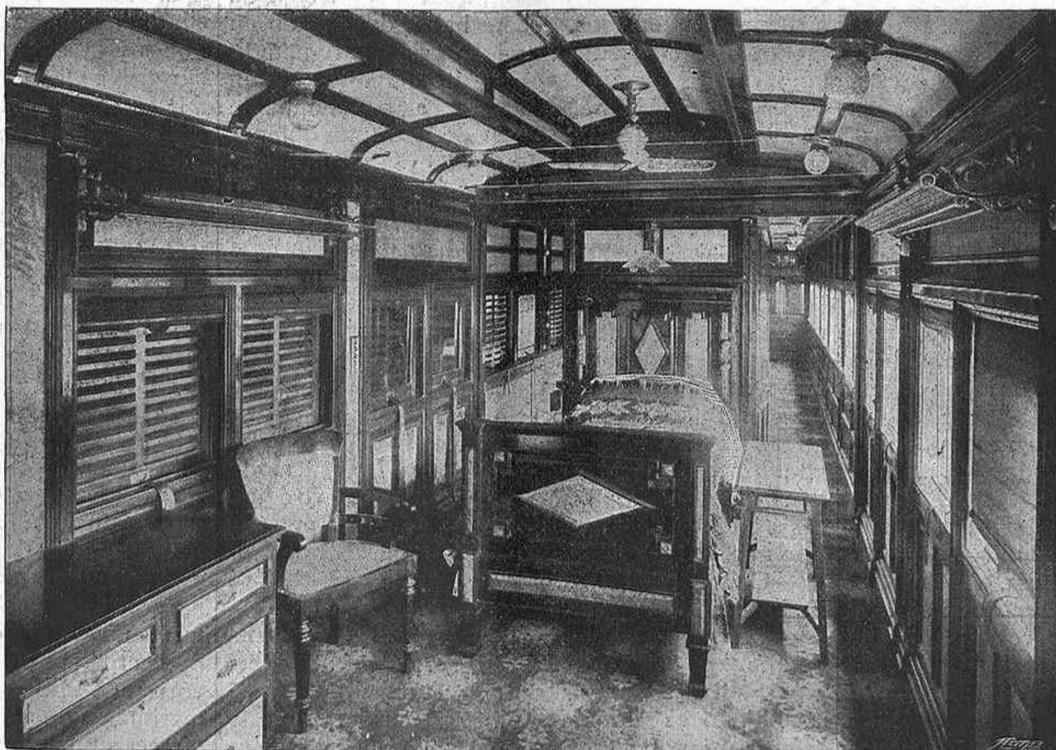
A cada lado hay mesas con tabla de mármol, unas para cuatro personas, otras para dos. Junto á cada una hay un receptáculo, ideado con mucho ingenio, para guardar el servicio de mesa. Tal vez lo

más notable del decorado de este departamento es la serie de medallones colocados en las paredes, uno sobre cada ventana. Estos medallones ostentan, sobre un fondo dorado, los escudos de armas de los sucesivos virreyes y gobernadores generales, desde Lord Canning hasta Curzon, y sobre las puertas del comedor están los del propio príncipe de Gales.

Inmediato al comedor se halla la despensa, que contiene loza de China, cristales y mantelería suficiente para proveer un regular hotel. En un ángulo hay un recipiente para enfriar el vino, donde caben varias docenas de botellas y tres quintales de hielo.

La cocina es un coche rodeado de armarios, destinado cada uno de ellos á su objeto especial. En uno de los costados hay refrigeradores distintos para carne, pescado y aves; en el otro están los fogones y parrillas. Para evitar todo riesgo de fuego se ha colocado

sobre el techo de la cocina un tanque que contiene tres toneladas de agua y junto á los fogones hay una boca de incendio en comunicación con aquél.



Dormitorio del príncipe de Gales. Las paredes están ataraceadas de maderas preciosas

sobre el techo de la cocina un tanque que contiene tres toneladas de agua y junto á los fogones hay una boca de incendio en comunicación con aquél.

Detrás de la cocina se encuentra un gran compartimiento para guardar efectos, y más allá hay donde acomodar hasta sesenta criadas indígenas.

Además de los dos salones regios, del comedor y cocina, hay tres coches separados destinados al séquito y dos furgones.

Los salones destinados a las personas del séquito de los príncipes están divididos en compartimientos para señoras y caballeros, y el lujo que hay en ellos en poco desmerece del de los destinados a los príncipes.

El vagón que va delante lo ocupan los empleados del ferrocarril y el último del tren está destinado a los empleados indígenas, criados y equipaje más indispensable.

No es todo eso solo lo que compone el séquito del príncipe cuando viaja. Delante de este tren van otros dos especiales llevando caballos, carruajes y el equipaje que no es de inmediato uso personal. En resumen, Sus Altezas no viajan solos, sino acompañados de un regular ejército.

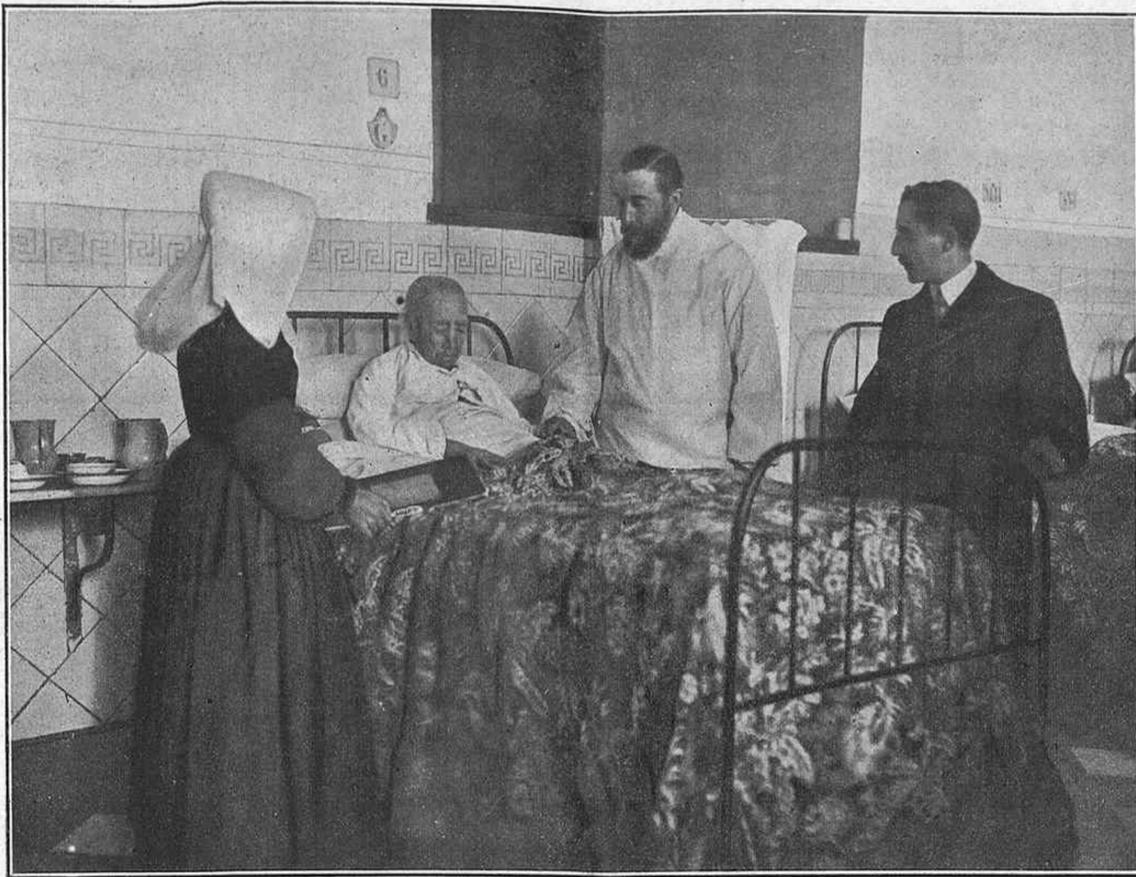
Todos sus criados, exceptuando los ayudas de cámara, son indígenas.

Lord Curzon se tomó gran interés en la construcción de este tren, tanto más cuanto que, con excep-

ción de los aparatos eléctricos y otros especiales, todo lo demás, cajas y armazones de los coches, plataformas y herrajes, fueron construidos en los talleres de carruajes de la India y con material del país; así es que ese trabajo representa fielmente el adelanto de esa industria en aquella posesión inglesa.

H. KELWAY BAMBER,  
Inspector de carruajes del ferrocarril de la India Oriental.

A los cien años quedóse María Josefa ciega, y cinco años después entró en el Hospital general de Madrid, en donde está al especial cuidado del doctor Hernández Briz. Conserva clara la inteligencia, tiene muy mal genio y desde que se halla en el hospital no ha tenido la más ligera indisposición; come de todo lo que sus pocos dientes le permiten y tiene especial afición a los dulces y al aguardiente.



MARÍA JOSEFA NIETO, DE 125 AÑOS DE EDAD, EN EL HOSPITAL GENERAL DE MADRID EN EL MOMENTO DE LA VISITA MÉDICA DEL DR. D. BALTASAR HERNÁNDEZ BRIZ. (De fotografía de Tonaser.)

UNA CENTENARIA

En el número último de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA publicamos el retrato y algunos datos del centenario inglés Mr. James Mac-Nelly, que cuenta 109 años de edad. La centenaria cuyo retrato adjunto reproducimos deja muy atrás a su colega, puesto que le lleva nada menos que 16 años; y cuando se llega a esas edades tan avanzadas, tres lustros son cosa algo más que respetable.

María Josefa Nieto y Santos nació en Granada en 7 de octubre de 1781; se ha casado dos veces y tuvo de su segundo esposo veintidós hijos, de los cuales ha visto morir a veintiuno; el otro se embarcó para América cuando tenía ya más de cincuenta años.

Sus progenitores murieron también muy viejos; su padre murió a los noventa y tantos años, combatiendo como fiel soldado por su patria.

**Dentición**  
**JARABE DELABARRE**  
Jarabe sin narcótico.  
Facilita la salida de los dientes, previene ó hace desaparecer los sufrimientos y todos los Accidentes de la primera dentición.  
EXÍJASE el SELLO del ESTADO FRANCÉS  
FUMOYZE-ALBESPEYRES, 78, Faub. St-Denis, Paris,  
Y EN TODAS LAS FARMACIAS DEL GLOBO.

**ROB**  
**BOYVEAU-LAFFECTEUR**  
Célebre Depurativo Vegetal  
EXIGIR EL FRASCO LEGÍTIMO  
Vendese en casa de J. FERRÉ, farmacéutico,  
Sucesor de  
BOYVEAU-LAFFECTEUR.  
Calle Richelieu, 102, Paris y todas farmacias.

**ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD HIERRO QUEVENNE**  
Curadas por el Verdadero  
Único aprobado por la Academia de Medicina de Paris. — 50 Años de éxito.

**VINO AROUD**  
CARNE-QUINA-HIERRO  
el mas reconstituyente soberano en los casos de:  
Clorosis, Anemia profunda, Malaria,  
Menstruaciones dolorosas, Calenturas.  
Calle Richelieu, 102, Paris. — Todas Farmacias.

SE RUEGA EXIGIR SIEMPRE  
LOS VERDADEROS Y EFICACES  
PRODUCTOS BLANCARD

ANEMIA  
COLORES PÁLIDOS  
EMPOBRECIMIENTO  
de la SANGRE  
Escrófulas, etc.

**PILULES**  
de **BLANCARD**  
al IODURO de HIERRO  
INALTERABLE

DESCONFIÉSE de las FALSIFICACIONES  
DEPÓSITO. BLANCARD & C<sup>o</sup>, 40, R. Bonaparte, Paris.

**AVISO A LAS SENORAS**  
**EL APIOL DE LOS RES**  
**JORET HOMOLLE**  
CURA  
LOS DOLORES, RETARDOS,  
SUPPRESSIONES DE LOS  
MENSTRUOS  
F<sup>ia</sup> G. SÉGUIN — PARIS  
165, Rue St-Honoré, 165  
Y TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

Frasco 5 fr.  
**PUREZA DEL CUTIS**  
— LAIT ANTÉPHELIQUE —  
**LA LECHE ANTEFÉLICA**  
ó Leche Candès  
pura ó mezclada con agua, disipa  
PEGAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA  
SARPULLIDOS, TEZ BARROSA  
ARRUGAS PRECOGES  
EFLORESCENCIAS  
ROJECES.  
Pone y conserva el cutis limpio y terso  
CANDES et C<sup>o</sup> B<sup>o</sup> St-Denis 146

**HARINA LACTEADA NESTLÉ**  
Contiene la mejor leche de vaca.  
Alimento completo para niños, personas débiles y convalecientes.

**PATE ÉPILATOIRE DUSSE** destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. 50 Años de éxito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparacion. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empléese el PILAVOIE. DUSSE, 1, rue J.-J.-Rousseau, Paris.



BARCELONA. - EXPOSICIÓN ORGANIZADA POR EL FOMENTO DE LAS ARTES DECORATIVAS EN LOS SALONES DEL FOMENTO DEL TRABAJO NACIONAL (De fotografía de F. Ballell Maymí.)

A las atrevidas y tradicionales energías de Barcelona débese el renacimiento de olvidadas industrias, que se desarrollan y progresan bajo la bienhechora influencia del arte. Esta penetración produce provechosos elementos de cultura y nuevas fuentes de riqueza y prosperidad, cuya importancia se acrecentaría si todas las ramas del arte industrial recibieran el impulso y merecieran la protección á que tienen derecho.

Al Ayuntamiento de Barcelona cabe únicamente la gloria de haber procurado contribuir al fomento de dichas industrias organizando públicos certámenes, en los cuales nuestros artífices dieron repetidas muestras de su valía y de su inteligencia, que se han traducido también en el decorado, mueblaje y cuantos elementos embellecen algunos establecimientos y suntuosas

mansiones con cuya posesión se envanece nuestra ciudad. Al suspenderse la celebración de exposiciones oficiales, una colectividad de entusiastas artífices concibió el nobilísimo propósito de continuar dando muestra de su actividad organizándose bajo la denominación de «Fomento de las Artes Decorativas.»

A esta estimable agrupación débese la interesante exposición de diversas manifestaciones decorativas instalada en los salones del Fomento de la Producción Nacional. Cierto es que no alcanza la importancia y extensión de los concursos oficiales anteriormente celebrados, pero no por ello reviste menor interés y son menos apreciables los esfuerzos é iniciativas de aquellos que en la exposición á que nos referimos han tomado

parte. En la imposibilidad de ocuparnos con la detención que merecen de cada una de las producciones que se han exhibido, observaremos que algunos de los expositores, como los Sres. Atché, Brosa, Joaquín y Dionisio Renart, Busquets, Triadó, Puigdengolas, Xumetra, Clapés, Oliva, Pineda, Cerberó, Pedrerol, Xiró, etc., han dado ya repetidas muestras de su habilidad é inteligencia, siendo sus nombres ventajosamente conocidos. A todos ellos felicitamos por su perseverancia y por sus esfuerzos en favor del progreso del arte que cultivan, y aplaudimos á cuantos han tomado parte en la exposición, confiando que el público, en primer término, recompensará sus afanes, dando con ello un testimonio de patriotismo y de cultura. - A. GARCÍA LLANSÓ.

Las  
Personas que conocen las  
**PILDORAS**  
DEL DOCTOR  
**DEHAUT**  
DE PARIS

*no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentacion empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.*

**PAPEL WLINSI** Soberano remedio para rápida curación de las *Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos*, de los *Reumatismos, Dolores, Lumbagos*, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de Paris.

*Exigir la Firma WLINSI.*

DEPÓSITO EN TODAS LAS BOTICAS Y DROGUERIAS. - PARIS, 31, Rue de Setne.

**REMEDIO DE ABISINIA**  
**EXIBARD**

*En Polvos, Cigarillos, Hojas para fumar*  
SOBERANO contra  
**ASMA**  
CATARRO, OPRESION  
*y todas Afecciones Espasmódicas de las Vias Respiratorias.*

30 AÑOS DE BUEN EXITO  
MEDALLAS ORO y PLATA.

MARCA DE FABRICA REGISTRADA. PARIS, 102, Rue Richelieu. - Todas Farmacias.

**AGUA LÉCHELLE** Se receta contra los *Flujos*, la *Clorosis*, la *Anemia*, el *Apocamiento*, las *Enfermedades del pecho* y de los *intestinos*, los *Espustos de sangre*, los *Catarros*, la *Disenteria*, etc. Da nueva vida á la sangre y entona todos los órganos.

**HEMOSTÁTICA**

PARIS, Rue Saint-Honoré, 165. - DEPÓSITO EN TODAS BOTICAS Y DROGUERIAS.

**HIGIENE de las SEÑORAS**  
DILUIDO EN AGUA EL  
**CRYSTOL**

Es el remedio soberano de las afecciones uterinas de todo género. Cura en breve las *flores blancas*, las *metritis* y en general todas las *dolencias de las vias uterinas*. Su uso diario no ofrece peligro para los tejidos á los que asegura frescura, tonicidad y firmeza incomparables. Su delicado perfume lo hace agradable para el tocador íntimo de las damas.

PARIS, 8, Rue Vivienne, y en todas las Farmacias.